LA INFLUENCIA DEL FOLKLORE EN ANTONIO MACHADO

Contribución al estudio de la Literatura de inspiración folklórica en España y nueva aproximación a la obra de este escritor

«Por eso yo no he pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular.»

Antonio MACHADO

INTRODUCCION

I. UN TEMA NUEVO

En la numerosa bibliografía sobre Antonio Machado (1875-1939), recopilada por Guerrero-Casamayor, Rafael Heliodoro Valle, Ramón de Zubiría, José Luis Cano, Aurora de Albornoz y otros, abundan las interpretaciones de su poesía, los retratos de su vida, los comentarios a su correspondencia, a más de obras generales sobre su pensamiento, su formación y su importancia en la historia de la literatura castellana (1). Es decir, desde numerosos puntos de vista se ha enfocado

(1) [1] INTERPRETACIONES DE SU POESIA: ALONSO, Dámaso. «Poetas españoles contemporáneos». Madrid: Gredos, 1953 — ALONSO, Dámaso. «Cuatro poetas españoles: Garcilaso, Góngora, Maragall, Antonio Machado». Madrid: Gredos, 1962, 190 pp. — BALBONTIN, José Antonio. «Three Spanish poets: Rosalía de Castro, Federico García Lorca, Antonio Machado». With an introduction by José Picazo. London: Redman, '961, 157 pp. — BELÉ, Orestes. «Ser y tiempo en la poética de Antonio Machado; ensayos». Buenos Aires, 1945, 111 pp. — CANO, José Luis. «Poesía española del siglo XX». Madrid: Guadarrama, 1960 — CASSOU, Jean. «Trois poètes: Rilke, Milosz, Machado». París: Plon, 1954, 119 pp. — CERNUDA, Luis. «Estudios sobre poesía española contemporánea». Madrid: Guadarrama, 1957 — COHEN, J. M. «Poetry of this age». Londres: Hutchinson, 1960 — DARMANGEAT, Pierre. «Antonio Machado, Pedro Salinas, Jorge Guillén». Madrid: Insula, 1969, 392 pp. — GENER CUADRADO, Eduardo. «El mar en la poesía de Antonio Machado». Madrid: Editora Nacional, 1966, 40 pp. — GUILLON, Ricardo. «Una poética para Antonio Machado». Madrid: Editorial Gredos, S. A., 1970, 270 pp. — MACRI, Oreste. «Poesie di Antonio Machado». Studi introduttivi, testo criticamente riveduto, traduzione, note al testo commento, bibliografía 2.ª ed. completa a cura di... Milano: Lerici, 1962 — MONTSERRAT, Santiago. «Antonio Machado, poeta y filósofo». Córdoba: Dirección General de Publicidad, Universidad Nacional de Córdoba, 1961, 83 pp. — OROZCO DIAZ, Emilio. «Antonio Machado en el camino; notas a un tema central de su poesía». Granada: Universidad de Granada, 1962, 187 pp. — SANCHEZ BARBUDO, Antonio. «Los poemas de Antonio Machado. Los temas, el sentimiento y la expresión». Barcelona: Editorial Lumen. 1967, 473 pp. — SANCHEZ BARBUDO, A. «Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado». Madrid: Ediciones Guadarrama, 1968, 418 pp. — ZUBIRIA, Ramón de. «La poesía de Antonio Machado». Madrid: Gredos, 1955.

y estudiado a este gran poeta. Parecería difícil encontrarle un aspecto que aún estuviera oscuro, a la espera de que alguien pudiera interesarse por él y emprender un esfuerzo por aclararlo. Tal es nuestro propósito, en lo que se refiere a la influencia del folklore en la obra de Antonio Machado.

Es cierto que la revelación de tal tema no ha sido inadvertida hasta ahora. Numerosos críticos y bio-bibliógrafos de Machado se han dado cuenta de su existencia (2). Por lo demás, esa no era una característica exclusiva de la obra de Machado; muchos de su generación estuvieron abiertos a la influencia del folklore.

---

[2] «RETRATOS DE SU VIDA:» MANRIQUE DE LARA, J. G. «Antonio Machado». Madrid: Unión Editorial, 1968, 199 pp. — PEREZ FERRERO, Miguel. «Vida de Antonio Machado y Manuel». Prólogo del doctor Gregorio Marañón, 1.ª ed. Madrid: RIALP, 1947, 330 pp. — PRADAL RODRIGUEZ, Gabriel. «Antonio Machado, 1875-1939; vida y obra, bibliografía, antología, obra inédita». New York: Hispanic Institute in the United States, 1951 — RODRIGUEZ AGUILERA, Cesáreo. «Antonio Machado en Baeza». Exordio por A. Puig Palau. Barcelona: A. P. Editor, 1967, 118 pp.

[3] «COMENTARIOS A SU CORRESPONDENCIA»: GUILLON, Ricardo, «Cartas de Antonio Machado a Juan Ramón Jiménez». «La Torre», revista de la Universidad de Puerto Rico, número 25, enero-marzo de 1959.

[4] «OBRAS GENERALES SOBRE SU PRODUCCION»: ALBORNOZ, Aurora de. «La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado». Madrid: Gredos, 1968, 373 pp. — ALONSO, Dámaso y Carlos BOUSOÑO, «Seis calas en la expresión literaria española». Madrid: Gredos, 1951 — BARJA, César. «Literatura española; libros y autores contemporáneos»; Ganivet, Unamuno, Ortega y Gasset, Azorín, Baroja, Valle-Inclán, A. Machado, Pérez de Ayala. New York: G. E. Stechert & Co., 1935, 493 pp. — BELIT, Ben (Editor). «Juan de Mairena». Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1963, 135 pp. — CANO, José Luis. «De Machado a Bousoño». Madrid: Insula, 1955 — CANO, José Luis (Editor). «Antonio Machado. Antología». Salamanca, Madrid: Ediciones Anaya, S. A. 1961, 99 pp. — CLAVERIA, Carlos. «Cinco estudios de literatura española moderna». Salamanca: Colegio Trilingüe de la Universidad, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1945, 118 pp. — GAOS, Vicente. «Temas y problemas de literatura española». Madrid: Guadarrama, 1959 — GIL NOVALES, Alberto. «Antonio Machado». 1.ª ed. Barcelona: Fontanella, 1966, 157 pp. — GUERRA, Manuel Henry. «El teatro de Manuel y Antonio Machado». Madrid: Editorial Mediterráneo, 1966, 208 pp. — GULLON, Ricardo. «Las secretas galerías de Antonio Machado». Madrid: Taurus, 1958, 61 pp. — «Homenaje a Antonio Machado». Madrid: «Cuadernos Hispanoamericanos», septiembre-diciembre de 1949 — «Homenaje a Antonio Machado». Madrid: «Revista Acento», marzo de 1959 — «Homenaje a Antonio Machado». Málaga: revista «Caracola», octubre-diciembre de 1959 — «Homenaje a Antonio Machado». Madrid: revista «Insula», enero de 1960 — LAIN ENTRALGO, Pedro. «La generación del 98». Madrid: Editorial Nacional, 1945 — LOPEZ-MORILLAS, Juan. «Intelectuales y espirituales: Unamuno, Machado, Ortega, Lorca, Marías». Madrid: «Revista de Occidente», 1961, 255 pp. — MACRI, Oreste. «Antonio Machado». Milán, 1959 — MCVAN, Alice Jane. «Antonio Machado». New York: Hispanic Society of America, 1959 — SALINAS, Pedro. «Literatura española. Siglo XX». 2.ª edición. México: Librería Robledo, 1949 — SANCHEZ BARBUDO, Antonio. «Estudios sobre Unamuno y Machado». Madrid: Guadarrama, 1959, 326 páginas — SERRANO PLAJA, Arturo. «Antonio Machado». Buenos Aires: Editorial Schapire, 1944 — SERRANO PONCELA, Segundo. «Antonio Machado, su mundo y su obra». Buenos Aires: Editorial Losada, 1954, 226 pp. — TORRE, Guillermo de. «Tríptico del sacrificio; Unamuno, García Lorca, Machado». Buenos Aires: Losada, 1948, 148 pp. — TREND, J. B. «Antonio Machado». Oxford: The Dolphin Book Co., 1953 — TUÑON DE LARA, Manuel. «Antonio Machado». París: Seghers, 1960.

[5] OBRAS RECIENTES SOBRE ANTONIO MACHADO: ALVAREZ MOLINA, Rodrigo. «Variaciones sobre Antonio Machado: el hombre y su lenguaje». Madrid: Insula, 1972 — COBOS, Pablo de A. «Humor y pensamiento de Antonio Machado en la metafísica poética». Madrid: Insula, 1963 — COBOS, Pablo de A. «Sobre la muerte en Antonio Machado». Madrid: Insula, 1972 — RUIZ DE CONDE, Justina. «Antonio Machado y Guiomar». Madrid: Insula, 1965.

(2) Véase, por ejemplo: Pierre DARMANGEAT, 1969.

Pero no creo, repito, que hasta ahora alguien se haya tomado el trabajo de analizar dicha influencia. Véase que digo analizar. Es decir: descomponer, apreciar por partes, valorarla en sus detalles. No simplemente decir en dos líneas que Machado ha sufrido la influencia del folklore, y punto final.

Pienso, pues, que vale la pena tentar esta nueva aproximación. Sobre todo considerando que vamos a encausarla desde el punto de vista profesional de la ciencia del folklore.

II. FOLKLORE Y LITERATURA

Aunque me parezca innecesario hacerlo, también conviene insistir de entrada sobre la ubicación pedagógica de este ensayo. Ello servirá para orientar al lector despistado, aunque el subtítulo no deje lugar a dudas. El presente ensayo es una «contribución al estudio de la literatura de inspiración folklórica en España». Es decir, dentro del cuerpo orgánico de los capítulos que integran la enseñanza del folklore, él pertenece al que se llama «literatura folklórica», según Augusto Raúl Cortázar *(Cortázar, 1959)*. O como lo había dicho ya Guichot y Sierra, en 1922: «La demótica contenida en las obras de los grandes autores eruditos» *(Guichot y Sierra, 1922:131-132)*. O según mis propias expresiones, en 1969: «Fuentes no folklóricas con datos parafolklóricos» *(Carvalho-Neto, 1969)*.

El presente estudio sobre Antonio Machado, pues, ha sido escrito para servir a los catedráticos de folklore interesados en las connotaciones del folklore con la literatura. Y, a la vez, a los catedráticos de literatura atraídos por las confluencias de ésta con el folklore. Así, *La influencia del folklore en Antonio Machado* es un grano de arena más, bibliográfico, que viene a asociarse a las siguientes obras citadas por Guichot: Manuel Jiménez Hurtado, *Cuentos españoles contenidos en las producciones dramáticas de Calderón, Tirso, Alarcón y Moreto*, Sevilla, 1881; José Coll y Vehí, *Los refranes del Quijote, ordenados y glosados*, Barcelona, 1874; José María Sbarbi, *Colección de los refranes y frases proverbiales que se hallan en las obras de Cervantes* (¿inédita?); E. Levêque, *Los mitos y las leyendas de la India y de la Persia en Aristófanes, Platón, Aristóteles, Virgilio, Ovidio, Dante, Boccacio y otros*, París, 1880; Carlos Lamb, *Cuentos dramáticos de Shakespeare*, París, 1847; T. Dyer, *El folklore de Shakespeare*, Londres, 1883; Nares y J. Hollywel y T. Wright, *Glosario o colección de palabras, frases, costumbres, proverbios, etc., de Shakespeare en particular y de*

sus contemporáneos, Londres, 1888. También a estas otras, entre las que cito en mi *Historia del folklore iberoamericano:* A. Pardo Tovar, *El folklore en la obra de Tomás Carrasquilla,* Tunja, Boyacá, 1959; Rossini Tavares de Lima, *O folclore na obra de escritores paulistas,* Sao Paulo, 1962; Olga Fernández Latour, *El «Martín Fierro» y el folklore poético,* Buenos Aires, 1962; Théo Brandão, *O folclore en Os Sertoes,* Sao Paulo, 1960, etc.

Levantaríamos una considerable bibliografía de fuentes similares a las recién aludidas si fuera el caso. Y jamás olvidaríamos, de manera especial, la obra de Juan Antonio Doerig titulada *Contribución al estudio del folklorismo en Fernán Caballero,* Madrid, 1934. Simplemente porque se trata de una tesis muy hermana a la nuestra.

III. DE LA IMPORTANCIA DEL TEMA

Creemos obvio decir, finalmente, que la importancia del tema resalta por sí sola. Ya no vivimos aquella época en que los «eruditos» en literatura ignoraban los principios básicos de la ciencia del folklore. Eruditos que fueron bautizados por Guichot y Sierra con la expresión «el vulgo de los literatos». Entre ese «vulgo de los literatos», en 1882, Guichot tuvo que debatir con un «poeta y académico reputado entre sus conciudadanos» porque éste insistía en preguntar «¿qué mérito ni qué poesía hay en recoger un pregón de *rositas encarnás?»* Otro de estos vulgos se burló de Fernán Caballero diciendo que «Fernando Caballero acabará por contarnos el cuento de la hormiguita» *(Guichot, 1922:68-169).*

Esta clase de «vulgo de los literatos» ya no existe en nuestros días. El folklore ha dejado de ser, para ellos, un pasatiempo inconsecuente e inconsistente. Ya son numerosos los departamentos de literatura de las mejores Universidades del mundo que traen aparejados a los cursos de letra cursos básicos y avanzados de ciencia del folklore.

CUAL FUE LA INFLUENCIA

IV. MODALIDADES DE LA INFLUENCIA DEL FOLKLORE EN LA LITERATURA

Creemos que el primer paso para determinar cuál ha sido la influencia del folklore en Antonio Machado consiste en recordar las modalidades de influencia, en general, que el folklore suele ejercer sobre la literatura.

Es sabido que hay dos modalidades. Ellas son: 1) la influencia ideológica, y 2) el aprovechamiento. Este último, el aprovechamiento, puede ser: aprovechamiento por intercalación y aprovechamiento por modificación o proyección estética. El aprovechamiento por intercalación se da en la siguiente forma: *a)* por intercalación total; *b)* por intercalación sintética; *c)* por intercalación fragmentaria. Ya en 1961 decíamos que tales designaciones son explícitas por sí mismas. Por intercalación total comprendemos el aprovechamiento integral de la unidad folklórica, fiel a la forma y al contenido de la pieza aprovechada. Ella es la misma transcripción al pie de la letra. Ocurre la intercalación estática cuando el artista opta por reducir las proporciones del trozo elegido, aunque sin alterarle su desarrollo temático. La intercalación fragmentaria, a su vez, necesariamente es parcial. Finalmente, hay proyección siempre y cuando el aprovechador incide sobre el trozo aprovechado de la manera más directa posible, desfigurándolo con agregados para «embellecerlo» a su modo, acorde con su inspiración de creador. Los ejemplos abundan en nuestro *Folklore y educación.* También en el estudio de Florestán Fernandes sobre «Mário de Andrade e o Folclore brasileiro», en el cual se reclaman mayores «trabajos especializados sobre las técnicas de transposición de elementos folklóricos al plan del arte erudito brasileño, desde el romanticismo hasta nuestros días», como condición básica para entender la obra de Andrade *(Fernandes, 1946).* Los interesados en el tema encontrarán otros juicios más en los numerosos ensayos al respecto escritos por Augusto Raúl Cortázar *(Cortázar, 1956, 1959, 1967, 1968, 1970).*

¿Cuál es, pues, la modalidad de influencia folklórica en que se encuadra la obra de Antonio Machado? ¿Intercalación? ¿Proyección? Proyección por una parte, sí, en el famoso romance de «La tierra de Alvargonzález». Intercalación, casi nunca. E «influencia ideológica» masiva. Esta última, como veremos, se encuentra en las ideas machadianas vertidas sobre el concepto de folklore, la valoración del pueblo, historia y folklore, torre de marfil y literatura para el pueblo, el concepto de «pueblo» en confrontación con el de «hombre» y «masa» folklore y nacionalismo, y folk-religión.

En conclusión, Antonio Machado fue un poeta y filósofo con amplia preparación teórica acerca de la ciencia del folklore. Sus puntos de vista sobre nuestra disciplina coinciden con los de los folkloristas de hoy día. La influencia del folklore en él tuvo una dimensión predominante: la humanística. Fue un escritor a quien dicha formación contribuyó a elevarlo a las alturas que alcanzó en vida y aun después. Eso es todo. Nunca recogió hechos folklóricos de manera sistemática,

ni tampoco los «aprovechó», literalmente hablando, salvo en el romance citado.

Con tal conclusión temo desilusionar a cuantos esperaban ver en este ensayo ejemplos concretos de hechos folklóricos trasplantados a la obra machadiana. Sin embargo, no he podido individualizar dicha influencia en términos de unidades orales y tradicionales, sino en términos de toma de conciencia, actitud ante la vida, línea de conducta ideológica y moral. En otros términos, la lectura y análisis de la obra machadiana me proporcionó la impresión inmediata de que ese gran poeta supo desde un primer momento qué es la ciencia del folklore. En consecuencia, jamás permitió que su obra corriera por cauces que interfirieran o negaran los principios fundamentales de esta disciplina.

Muy diferente, por supuesto, es el caso de su hermano. En la obra de Manuel Machado, la «intercalación» se hace visible con mucha frecuencia. Y en las tres variedades ya conocidas: la total, la sintética, la fragmentaria. Y tanto es así que se requiere con urgencia un estudio sobre la influencia del folklore también en Manuel Machado. Lo que, sin duda, arrojaría nuevas luces sobre la producción de Antonio. Aún más: urge sea escrito, concienzudamente, el estudio que caracterice, clasifique y valore a toda la literatura de inspiración folklórica en España. Pocas, quizá ninguna, se perfilarán al lado de Antonio Machado en lo que se refiere a las «influencias ideológicas» del folklore. Mientras que un ejército de autores y obras integraría el capítulo del aprovechamiento. Capítulo en el cual tendría lugar destacado Lope de Vega (1562-1613). *Peribáñez y el Comendador de Ocaña,* por ejemplo, es un modelo de tragicomedia basada en lo que el pueblo ofrece, cuándo ofrece y cómo ofrece. Sus páginas respiran folklore hasta en las entrelíneas.

V. LA INFLUENCIA IDEOLOGICA

Concretemos ahora nuestra tesis abordando, punto por punto, la referida influencia ideológica, en primer término, y luego el mencionado ejemplo de proyección.

1. *Del concepto de folklore*

> Machado concibió el folklore como una realidad dinámica. Sorprende esta postura, plenamente moderna, en un intelectual de la generación del noventa y ocho. Para él, el folklore existe en el pa-

sado, pero también en el presente, usando al Hombre como vehículo. En conclusión, Machado afirma que la «esencia española» no puede ser revelada por la Historia, sino por el folklore. El folklore es más que la Historia, porque él es nuestro pasado histórico, sumando al proceso de tradición y al hombre actual. «El hombre lleva la Historia dentro de sí». La Historia como ciencia sólo es valedera mientras recurre al folklore.

Ha sido así la sustancia, en síntesis, de la idea de Machado sobre el concepto de folklore. Analicémosla con detenimiento.

Fue en 1936, a los sesenta y un años de edad, cuando el poeta expuso dicho punto de vista. Lo hizo en un capítulo de su famoso *Juan de Mairena,* libro que, entre otros artículos, trae la palabra «sentencias», valiosa circunstancia para los que pretendemos señalar la influencia del folklore en la obra machadiana, pues a ningún poeta se le ocurre con frecuencia usar el término «sentencia», sinónimo de refrán, proverbio, máxima.

Juan de Mairena, como han dicho los críticos, era el otro yo de Antonio Machado. A través de su otro yo, el poeta, tímido por naturaleza, combatía por sus ideas e ideales, en un tono de impersonalidad y, desdichadamente, de irresponsabilidad. Nuevos Juanes de Mairena son cada vez más escasos, en épocas presentes, cuando se exige mayor definición moral y, por ende, política.

«Mairena —escribe Machado, tenía una idea del *folklore* que no era la de los *folkloristas* de nuestros días.» En estos términos comenzaba Machado a exponer su concepto, anteponiéndose a los folkloristas de 1936, lo que, por ciento, representaba mucha temeridad por parte de un amateur en una España que contaba ya con dos grandes teóricos y sistematizadores del folklore, don Luis de Hoyos Sainz (1868-1951) y don Telesforo de Aranzadi y Unamuno (1860--1945), autores ambos, en 1917, de un texto hoy clásico en las letras antropológicas europeas: *Etnografía; sus bases, sus métodos y aplicaciones a España.* Pero ¡si era Juan de Mairena quien hablaba!, y no el propio Antonio Machado. No habría mayores consecuencias.

Además, resultaba inocuo el deseo de Mairena, queriendo hacer que las gentes supusieran que él pensaba de manera diferente a los folkloristas de su tiempo, cuando, en realidad, no ocurría tal cosa. La «idea del folklore» que Mairena tenía correspondía estrechamente a la de los más avanzados folkloristas de 1936, afiliados, en su mayor parte, a la escuela de Hoyos Sainz. No había, pues, ninguna originalidad en ese pensamiento, sino una toma de conciencia sobre una posición de vanguardia. Simplemente, Mairena sostenía que el folklore era «cul-

tura viva y creadora», en contraposición a «un estudio de las reminiscencias de viejas culturas, de elementos muertos que arrastra inconscientemente el alma del pueblo en su lengua, en sus prácticas, en sus costumbres, etc.» *(Machado, 1940:500-501; Juan de Mairena, 1936).* Es decir, él concebía el folklore como una realidad dinámica. Sí, lo concebía como una expresión del pasado, pero a la vez del presente y del futuro, tal como lo plantea, en nuestros días, un conocido folklorista soviético, en una feliz frase que circula por los manuales técnicos de nuestra disciplina. «El folklore —escribe Sokolov— es el eco del pasado, pero es al mismo tiempo la poderosa voz del presente» *(Carvalho-Neto, 1971:36).*

Tal pensamiento no era ajeno a los folkloristas españoles de los años treinta, contemporáneos de Machado. Aún más: la voz «dinámica» aplicada a las ciencias estaba ya tan aceptada en España, que hasta en revistas antiguas, como en la famosa *Revista de España,* el lector puede encontrarla, una y otra vez. Véase allí, por ejemplo, el artículo «El concepto dinámico de la Antropología», firmado por M. Martín Salazar, en 1884 *(Salazar, 1884:268-273).* Ese era, por lo demás, el mismo pensamiento de Unamuno, quien lo expuso en 1896, en su estilo impecable. Al condenar a los folkloristas «hechólogos», es decir, a aquellos folkloristas que «nada ven detrás de él (del hecho) y del conjunto de que forma parte», el gran maestro de Salamanca aseveraba que hasta en el hecho aparentemente «más mezquino y despreciable se condensa, en cierto modo, una eternidad de tiempo y una infinitud de espacio». Agregaba: «Es cada hecho el punto de confluencia de todos los que en el tiempo le precedieron y de todos los que acompañaron a éstos en coexistencia, y a la vez, de todos los que con él coexisten y de todos los precedentes a éstos; es resultante de todos los hechos presentes y pasados. Todo es causa de cada cosa. El movimiento de la más lejana estrella, de un remotísimo sol, imperceptible aun para el más potente telescopio, influye por reflejos de reflejos en casi inacabable serie e infinita cadena de acciones y reacciones, en el más humilde suceso de mi vida; influye en éste en una proporción infinitamente infinitesimal, en proporción, la mera insinuación de cuyo cálculo sumiría en terrible vértigo al más potente genio, pero al fin y al cabo influye en él». *(Unamuno, tomo VII, 1959:483-484, «Sobre el cultivo de la demótica», 1896).* Pensamiento que Pascal logró sintetizar en aquella frase genial, muy conocida: «Por una piedra arrojada al mar, todo el mar se agita». Pensamiento que trae implícito una de las características básicas de la dialéctica.

Valgan estas consideraciones para realzar la precisión y actualidad

de las disquisiciones machadianas con respecto a la dinámica de los hechos folklóricos. Mairena, por lo tanto, estuvo en lo cierto en cuanto a su modo de pensar relativo a la movilidad del folklore —«cultura viva y creadora» (3)—. Se precipitó, sin embargo, al afirmar que «los folkloristas de nuestros días» no pensaban igual a él. Más prudente hubiera sido decir «algunos folkloristas», en lugar de «los folkloristas». Y mil veces mejor hubiera sido si declarase que la concepción dinámica del folklore en España no constituía una contribución suya.

La segunda parte del pensamiento machadiano anexada al aporte en cuestión no cae propiamente dentro del ámbito del concepto de folklore. Se trata de una valoración del «pueblo» como portador del hecho tradicional. Aseveró Machado que se debería aprender con él, con el pueblo, de igual manera que con la Universidad. Eso lo discutiremos oportunamente.

En otra ocasión, Machado reafirmó su concepción sobre la dinámica del folklore, usando una frase tanto o más bella que la de Sokolov, al afirmar que «un pueblo es siempre una empresa futura, un arco tendido hasta el mañana». En otras palabras: «Un pueblo es una muchedumbre de hombres que temen, desean y esperan aproximadamente las mismas cosas». Y el hombre de ese pueblo —«futurista incurable»— es a la vez «el único animal tradicionalista», es decir, «el pasado adquiere para él un extraño prestigio». En consecuencia, concluye Mairena: «No creáis que la esencia española os la puede revelar el pasado», como suelen pensar los historiadores. «La verdadera historia de un pueblo no la encontraréis casi nunca en lo que de él se ha escrito», porque ella se encuentra adentro del hombre mismo. «El hombre lleva la historia —cuando la lleva— dentro de sí; ella se le revela como deseo y esperanza, como temor, a veces, mas siempre complicada con el futuro». El pasado histórico y el pasado tradicional, más el hombre del presente, de quien arranca el hombre del futuro, eso es «la verdadera historia de un pueblo» *(Machado, 1940:876:* «Sigue hablando Mairena a sus discípulos»). Partiendo de la concepción dinámica del folklore, pues, Machado llegó a formular incluso su concepto de historia.

2. *Valoración del pueblo*

Habiendo conceptuado el folklore de manera correcta, Machado confesó su «respeto» y su «amor» por el pueblo. En este

---

(3) En la actualidad, hasta hay libros que ya por el título defienden tal concepción. Ejemplo: «Dinâmica do Folclore», de Edison Carneiro, 1950.

pueblo estaba incluido el *folk* del Folk-Lore. Lo que no podríamos afirmar es si su amor y respeto por el folk no precedió a esa formulación conceptual de la ciencia correspondiente «El pueblo sabe más» que la Universidad, tal fue, la conclusión de Machado. El «saber común» no es infinitamente inferior al «saber científico». Tales conyecturas nos recuerdan a Pedro Salinas con su «Grandeza de la tradición analfabeta en España», en donde distingue a los «analfabetos profundos» del folklore, de los «analfabetos superficiales» de la gran ciudad. Aquellos «sólidamente enraizados en una tradición»; éstos, producidos «en serie despersonalizada y *standart*». *(Cortázar, 1967: 73, 82)*.

Veamos, con pormenores, el razonamiento machadiano.

En lo que a la voz «pueblo» se refiere, la influencia del folklore en Machado se verifica en la seriedad y en el respeto con que la empleaba. Nunca he visto que se burlara del «pueblo». Dicho término aparece repetidas veces en toda su obra, ya sea a propósito de arte, política, filosofía, literatura, religión o historia. Hasta escribió un discurso *ex profeso* sobre «El poeta y el pueblo». Pero siempre usando el término con devoción. «Respeto» y «amor» fue lo que dijo sentir por «el pueblo», sentimiento «que nuestros adversarios no sentirán jamás» *(Machado, 1940:872:* «El poeta y el pueblo», 1937).

Ya cuando conceptuó el folklore como una «cultura viva y creadora», es decir, un hecho dinámico, dejó dicho, a manera de complementación, que todos deberemos aprender con el pueblo, tanto cuanto con la Universidad. ¿Por qué? Porque «el hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto —un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo— no es nunca un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone toda su alma en cada momento de su trabajo» *(Machado, 1940:500:* «Juan de Mairena», 1936). Partiendo de esta premisa, Machado llegó a decir que la causa del «poco arraigo y escaso ambiente» de la Universidad en la «gran población andaluza» en que él vivía se debía a que el pueblo sabía más. «El pueblo sabe más, y sobre todo, mejor que nosotros». O más explícitamente: «Es muy posible que, entre nosotros, el saber universitario no pueda competir con el *folklore,* con el saber popular». Conviene agregar que la referida población, para Mairena, estaba «compuesta de una burguesía algo beocia» y «de una aristocracia demasiado rural». A más «de un pueblo inteligente, fino, sensible», integrado por «artesanos que saben su oficio y para quienes el hacer bien las cosas es, como para el artista, mucho más importante que el hacerlas». Con este pueblo, pues, concluye Mairena, «había mucho que

aprender». ¿Y aprender para qué? «Para poder luego enseñar bien a las clases adineradas».

Es evidente que dicha premisa no siempre ha encontrado adeptos. Entre los mismos folkloristas ha tenido sus opositores, como es el caso de Alejandro Guichot y Sierra, contemporáneo del viejo Machado y Alvarez. Discurriendo sobre «el saber común y el saber científico», en 1922, así se expresaba Guichot: «Estimo necesario consignar que no participo del criterio de algunos autores notables de que el saber del pueblo sea la verdadera sabiduría o la más alta ciencia, y que entiendo, por el contrario, que sobre el saber del pueblo está el saber científico. El saber popular, el fondo común, el conocimiento vulgar, contiene mezcladas sabidurías e ignorancias, verdades y errores; en el saber y la práctica del pueblo conviven a la vez conocimientos ciertos, y supersticiones, equivocaciones, engaños. Por esto, el *conocimiento vulgar,* que es el conocer vago, incierto, desordenado, sin unificación, es inferior al *conocimiento científico,* reflexivo, cierto, sistemático, con unificación, que contiene y completa al vulgar o común; de igual modo que la *obra vulgar,* vacilante, insegura, desproporcionada, es inferior a la *obra artística,* o acabada, segura, orgánica, reflexiva, que contiene y completa a la vulgar o común» *(Guichot, 1922: 127-128).*

Huiríamos a nuestros propósitos debatiendo el tema. Dejémosle como está, a modo de motivación para el lector, y prosigamos con el pensamiento del poeta. No sólo en arte popular y en artesanía «el pueblo sabe más y sobre todo mejor que nosotros», continúa Machado. También en el arte de hacer poesía. «Prefiere la rima pobre», nos recomienda en sus *Nuevas Canciones* (1917-1930):

Prefiere la rima pobre,
la asonancia indefinida.
Cuando nada cuenta el canto,
acaso huelga la rima.

Y más adelante:

La rima verbal y pobre,
y temporal, es la rica.

(Machado, 1940:346)

Para Machado, hasta ciertas maneras de decir uno se las aprende mejor con el pueblo. Tal es el caso, por ejemplo, del verso erudito, calderoniano:

Porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.

Forma «dogmática y rotunda» de enunciar una paradoja, a más de estar «clínicamente engastada entre silogismos»; forma, en fin, que encierra «toda una teología bien sabida» y recuerda a «las aulas de Salamanca y de los estudios de San Isidro». Machado la compara con la expresión popular que recogió de un gitano:

Sin otro delito
que haber venío a este mundo.

Y de dicha comparación, concluye que la forma gitana es «más graciosa y sutil, que ni siquiera parece paradójica», a más de contener «toda una experiencia vital, y el análisis exhaustivo de una conciencia, a la hora de la muerte». Perentoriamente: «Si me preguntáis cuál de estas dos maneras de expresar lo paradójico es la más poética, os contestaré: eso va en gustos; para mí, desde luego, la del gitano» *(Machado, 1940: 823,* «Sigue hablando Mairena a sus discípulos»).

Otro ejemplo de habla popular y lenguaje erudito: «mi señora» y «mi mujer». Las «personas ordinarias», según Mairena, dicen «mi señora»; y las «personas distinguidas», en el mismo caso, «mi mujer». Cree Mairena que si las esposas de las «personas distinguidas» dijeran «mi hombre» a sus maridos, éstos se sublevarían en su orgullo masculino. Luego no hay derecho para que ellos, a la inversa, traten a sus esposas por «mi mujer». En la expresión popular «mi señora» hay «castidad» y «respeto», a más de «modestia», «piedad» y «cultura». Ella «no es una prueba de ordinariez» *(Machado, 1940:826,* «Sigue hablando Mairena a sus discípulos»).

También los actores tendrían que aprender con el folklore, si meditaran toda la sabiduría contenida en la siguiente copla sevillana, recogida, al parecer, por el mismo Machado:

Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.

Muchos actores —asevera Mairena— «no aciertan con el más leve acento de verdad cuando representan personajes que, como Hamlet, Segismundo, Don Juan, no pueden ser *copiados,* sino que han de ser, necesariamente, *imaginados»* *(Machado, 1940:825,* «Sigue hablando Mairena a sus discípulos»).

3. *Torre de marfil «versus» literatura para el pueblo*

Si es tan valioso el pueblo, si sabe tanto y merece tanto respeto y amor, lo lógico es que los escritores se dirijan a él.

> He aquí la teoría literaria machadiana: escribir para el pueblo. Sencillamente, porque «lo esencial humano» sólo se encuentra en «el alma del pueblo». Ejemplo: El Quijote. Desgraciadamente, «mi folklore no ha traspuesto las fronteras de mi patria», razón por la cual Machado duda que «lo esencial humano» de las demás naciones también sea hallable en «el alma del pueblo». En consecuencia, limita su teoría literaria —«escribir para el pueblo»—, a España. No la hizo universal. Concluye entresacando de dichas premisas las normas e ideales que conformaron su posición política, posición de entrañable fe en la democracia.

Valorado el «pueblo» en tal grado, Machado llevaría dichas disquisiciones folklóricas al extremo de hacerlas influir básicamente en su propia teoría literaria, concluyendo que el secreto de ser un gran escritor consiste en escribir para el pueblo. Lo que nos hace recordar aquel consejo de Juan Ramón Jiménez: «Quien escribe como se habla, irá más lejos, en lo porvenir, que quien escribe como se escribe» *(Jiménez, 1942).*

«Huid del preciosismo literario, que es el mayor enemigo de la originalidad», recomienda Juan de Mairena a sus alumnos. «Pensad que escribís en una lengua madura, repleta de *folklore,* de saber popular, y que ése fue el barro santo de donde sacó Cervantes la creación literaria más original de todos los tiempos» *(Machado, 1940: 494,* «Juan de Mairena», 1936). Más tarde, Machado volvería a lo mismo. Insistencia que posee el valor de las repeticiones inconscientes, tan importante le parecería el tema. «Escribir para el pueblo... ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España; Shakespeare, en Inglaterra; Tolstoi, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra» *(Machado, 1940:731,* «Sigue hablando Mairena a sus discípulos»). Dicha insistencia adquirió características de idea fija al reproducirse por tercera vez, ahora conscientemente, en una página de mayor responsabilidad aún, cual fue la de su discurso pronunciado en Valencia en la sesión de clausura del Congreso Internacional de Escritores, en 1937. En esa alocución, expresamente titulada «El Poeta y el Pueblo», planteó Machado, con más precisión, la problemática del «escribir para el pueblo», contraponiéndola a la de «torre de marfil». «¿Piensa usted que el poeta debe escribir para el pueblo o permanecer encerrado en su *torre de marfil?»* Contesta: «Escribir para el pueblo... ¡qué más quisiera yo! Deseoso de

escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude», etc. Y se repite íntegramente, con mínimas modificaciones de forma.

«Escribir para el pueblo», para Machado, tenía la significación, por lo tanto, de «escribir para los mejores». ¿Por qué para los mejores? Simplemente porque «entre españoles, lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular» *(Machado, 1940: 867-868)* En otras palabras: «La *aristocracia* española está en el pueblo». Toda vez que se escribe para las clases privilegiadas, se rebaja «el nivel humano y la categoría estética» de la literatura, simplemente porque se la entrevera «con frivolidades y pedanterías». Ejemplo: el mismo *El Quijote,* en sus pasajes superfluos. Dichos pasajes no son otra cosa sino concesiones hechas por Cervantes «a las llamadas clases altas». «Todo cuanto hay de superfluo en *El Quijote* no proviene de concesiones hechas al gusto popular, o como se decía entonces, a la necedad del vulgo, sino, por el contrario, a la perversión estética de la corte». Un paso más y Machado generalizó esa manera de pensar, quizá con un radicalismo sin frenos, al sentenciar *ex cátedra:* «En nuestra literatura casi todo lo que no es folklore es pedantería».

Por cierto que la típica timidez machadiana, responsable de la creación de Juan de Mairena, despunta a cada minuto en las entrelíneas, como cuando Machado atribuye a otros algunos pensamientos que no supo declarar suyos, por faltarle el coraje suficiente. Negó paternidad, por ejemplo, a la mencionada sentencia: «Es pedantería lo que no es folklore» en la literatura española. «Alguien ha dicho»... ¿Quién, pues? A nuestro modo de ver: ¡Nadie!, sino el mismo Machado.

Sin embargo, fue prudente al limitar ese modo de pensar a la literatura española. Pues creía que el folklore español no había traspuesto las fronteras de España. Evidente error. «Mi folklore no ha traspuesto las fronteras de mi patria». En consecuencia: «Yo no sé si puede decirse lo mismo de otros países», en otras palabras, si «lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular» también de las otras naciones. Le faltó la base para tornar universal la premisa de que «todo lo que no es folklore es pedantería».

Me pregunto ahora si aquello de decir que «mi folklore no ha traspuesto las fronteras de mi patria» no fue simplemente un recurso eufemístico para evitar extender ese modo de pensar hacia la literatura de otros países. Pues nos parece inverosímil que en pleno año de 1937 Machado ignorara que el folklore español existía en toda Iberoamérica, por lo menos. Obras sustanciales habían surgido ya en aquel tiempo,

comprobando la presencia entre nosotros del folklore español. Se había llegado inclusive a la exageración de sostener que ¡todo el folklore iberoamericano era español! Ramón A. Laval lo declaraba ciegamente: «La verdad es, mal que nos pese, que bien poca cosa que nos pertenezca exclusivamente podrá hallarse entre nosotros» *(Laval, 1910)*. Bien pudo Machado, pues, ser menos cauteloso y arriesgar la aseveración de que no sólo en la literatura española, sino en toda la literatura hispanoamericana —y en ésta quizá más que en aquélla— «todo lo que no es folklore es pedantería». Hubiera hablado por nosotros, los de este hemisferio. Nos hubiera hecho un gran favor, pues su palabra pesa entre nuestros jóvenes aprendices de escritor y tal consejo los ayudaría a formarse. Por lo menos, a ser menos «intelectualistas» y más «latinoamericanos» que es, en definitiva, lo que se espera de nuestros hombres de letras.

Conviene observar, a estas alturas, cómo de su teoría literaria —«escribir para el pueblo»— Machado entresacó su posición política, henchida de fe democrática. Aclara textualmente que al publicar dichas palabras [«Escribir para el pueblo, ¡qué más quisiera yo!»], a muchos les «parecieron un tanto evasivas o ingenuas». Pero que las mismas habían sido escritas «en los primeros meses de la guerra que hoy ensangrienta a España, cuando la contienda no había perdido aún su aspecto de mera guerra civil» y que a través de ellas había pretendido «justificar mi fe democrática, mi creencia en la superioridad del pueblo sobre las clases privilegiadas» *(Machado, 1940:863-864,* «El poeta y el pueblo», 1937). He aquí, pues, una distancia aún más lejana, alcanzada por Machado en virtud de las influencias que sufrió por parte del folklore: su «fe democrática» o posición política. Dichas influencias, repetimos, contribuyeron a conformarle su teoría literaria y en ésta, a su vez, se contenían las raíces de su posición política, todo a causa de un punto de partida único: el folklore.

4. *Concepto de pueblo*

> A cierta altura de su obra, de tanto hablar sobre el pueblo, consideró imprescindible la necesidad de conceptuarlo. Y lo conceptuó antropológicamente, es decir, una vez más con el folklore. Pueblo no es «masa», dijo, sino «el cada hombre». En la «hombría integral» reside el secreto del «arte eterno». Lorca es eterno.

Escribir para el pueblo —advierte Machado— no significa «escribir para las masas». «Cuidado, amigos míos», recomienda Juan

de Mairena. Y aquí va la diferencia: «Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres, basada en una descualificación del hombre que pretende dejarle reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico; la propiedad de poder ser medio con relación a unidad de volumen. Desconfiad del tópico *masas humanas.* Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo: de la burguesía capitalista que explota al hombre y necesita degradarlo; algo también de la Iglesia, órgano de poder, que más de una vez se ha proclamado instituto supremo para la salvación de las masas. Mucho cuidado; a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!» *(Machado, 1940:871-872,* «El poeta y el pueblo»).

Al establecer tal diferencia, Machado ponía en práctica el más legítimo y puro concepto de folklore y, por ende, de la Antropología en general: aquel que tiende hacia el Hombre como meta final e intransferible. «Si os dirigís a las masas, el hombre, el *cada hombre* que os escuche no se sentirá aludido y necesariamente os volverá la espalda». En definitiva, «escribir para las masas no es escribir para nadie, menos que nada para el hombre actual, para esos millones de conciencias humanas, esparcidas por el mundo entero y que luchan —como en España— heroica y denodadamente por destruir cuantos obstáculos se oponen a su hombría integral, por conquistar los medios que les permita incorporarse a ella». Sólo esta toma de posición —escribir para «el pueblo», que significa escribir para «el hombre», y jamás «escribir para las masas»— podría en parte resolver el problema de «la continuación de un arte eterno en nuevas circunstancias de lugar y de tiempo», problema, según Machado, de difícil solución que plantea la poesía futura.

A raíz de tales consideraciones, Machado consideró a García Lorca un poeta «genuina y esencialmente granadino», sencillamente por ser «más lastrado de folklore y de campo» que otros *(Machado, 1940:896,* «Carta a David Vigodsky», 1937).

5. *Pueblo y Patria, folklore y España*

Una de las deducciones lógicas de dicho principio —pueblo no es «masa» sino «el cada hombre»— recayó sobre el concepto de

Patria. La Patria es un sentimiento «popular». El lado del pueblo es el lado de España. El otro lado, el de los enemigos del pueblo, no es el lado de España. Tales reflexiones coinciden en muchos aspectos con ese gran capítulo de la ciencia del folklore generalmente conocido por «folklore y nacionalismo». Por lo que es lícito admitir que aun aquí lo que se observa son otras nítidas influencias del folklore sobre Antonio Machado.

Aquellas consideraciones sobre «el pueblo» conducirían a Machado, algunas veces, al tema folklore *versus* nacionalismo. Ello se desprende de frases sueltas como ésta: «Reparad en que hay muchas maneras de pensar lo mismo, que no son lo mismo. Cuidad vuestro *folklore* y ahondad en él cuanto podáis» *(Machado, 1940: 499-500,* «Juan de Mairena», 1936). Mucho más tarde, Juan de Mairena insistiría sobre este pensamiento, con mayor claridad, afirmando que «la patria es, en España, un sentimiento esencialmente popular». Y recomendando «Si algún día tuviereis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros del lado del pueblo, que es el lado de España». El pueblo español —prosigue Mairena— será siempre español aunque en dicha lucha sus «banderas populares ostenten los lemas más abstractos». El poeta vislumbraba así la posibilidad de un comunismo a la manera española, un comunismo de sabor nacional, tal como los múltiples regímenes comunistas-nacionalistas que empezaron a surgir después de 1936. Sentimiento intuitivo y profético el del poeta. «Si algún día» el pueblo español «grita ¡viva Rusia!» pensad que la Rusia de ese grito del pueblo «si es en guerra civil puede ser mucho más española que la España de sus adversarios».

En consecuencia, entre el pueblo y los «señoritos» débese elegir a aquél. Los señoritos «la invocan y la venden» a su España «en los trances más duros»; mientras que «el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera» *(Machado, 1940:744,* «Sigue hablando Mairena a sus discípulos».)

6. *Defensa de la religión popular*

Coherente folklorista, Machado mantenía su actitud de defensa del folklore hasta en el tema de la religión popular, de tan difícil aceptación científica. Los «señoritos» atacan la religión popular por lo que ella tiene de paganismo, de primitivismo, de mentalidad prelógica. Al defenderla, Machado asumía una posición pionera, coincidente con la de algunos estudiosos en los días actuales, cuando ya se ha comenzado a afirmar, con destemor, que la razón

no basta para comprender todo. Hay algo más, de igual o superior importancia, fuera del alcance de la razón. En «la condición irracional» del mundo humano hay «verdades ocultas». De ahí la consecuencia y el éxito de la llamada «literatura del absurdo» y del «realismo mágico» *(Carrasquer, 1968)*. Para Machado, peor son las «cátedras de Blasfemia» que «la blasfemia» del pueblo.

Machado entendió a los hechos folklóricos con tanta sensibilidad, que llegó a declararse defensor de la religión popular, pese a la «blasfemia» y al «ateísmo» que las élites encuentran en ella. «Prohibir la blasfemia con leyes punitivas, más o menos severas —escribe el poeta—, es envenenar el corazón del pueblo, obligándole a ser insincero en su diálogo con la divinidad. Dios, que lee en los corazones, ¿se dejará engañar? Antes perdona El —no lo dudéis— la blasfemia proferida, que aquella otra hipócritamente guardada en el fondo del alma, o, más hipócritamente todavía, trocada en oración.» Sarcásticamente, observó que «no todo es *folklore* en la blasfemia», puesto que ella se deja ver también en los «estudios del doctorado» de «una Facultad de Teología bien organizada», donde hasta hay «cátedra de Blasfemia» dictada «por el mismo Demonio» *(Machado, 1940:446,* «Juan de Mairena»). En su timidez, por cierto, no fue Machado quien eso afirmó, sino Mairena. Y aún así, Mairena se lo dijo en tono de hipótesis; la Inquisición ya había ejecutado a muchos Machado anónimos, por atrevimientos aún más sencillos. Hoy día, la defensa de la «blasfemia» mágico-religiosa es lugar común en la bibliografía del folklore como ciencia. Recuerdo las protestas de Arthur Ramos en contra de la policía y la «ley» que manda perseguir y punir a los curanderos, avatares inconscientes de siglos de medicina y religión populares *(Ramos, 1937,* cap. «O problema psicológico de curandeirismo»).

VI. UN EJEMPLO DE PROYECCION

«Demófilo incorregible», como se autotitulaba, Machado asimiló la idiosincrasia de la creación poética popular. Uno de los resultados más elocuentes de dicha asimilación fue el famoso romance *La tierra de Alvargonzález.* Las correspondientes consideraciones teóricas de su autor, sin embargo, son confusas. No lo considera una «gesta», pues no quiso simular «arcaísmos». *La tierra de Alvargonzález* se inspira en «el pueblo» —otra vez el pueblo—, dice. En el pueblo y en la tierra, pero no en las heroicas aventuras —«gesta»— de los antiguos romances caballerescos o moriscos. Por lo tanto, es algo «nuevo»; nada contendría de «viejo». No

creemos que así lo sea. Para nosotros, este gran poema está creado bien a la antigua. Hasta su examen psicoanalítico lo demuestra.

La tierra de Alvargonzález, excepcional «romance» machadiano —es decir, romance literario—, es un ejemplo nítido de «proyección estética» de los indiscutibles folk-romances españoles, recogidos por Durán. El mismo Machado jamás negó tal influencia. Dijo textualmente: «Cierto que yo aprendí a leer en el *Romancero General* que compiló mi buen tío don Agustín Durán» *(Machado, 1940,* Prólogo a «Campos de Castilla», 1912). Lo dijo así, aunque haciendo notar que se resistía a hacer de *La tierra de Alvargonzález* un «nuevo romance viejo», o sea, un romance de hoy que fuera una imitación total de los romances populares del pasado, incluso en la temática. *La tierra de Alvargonzález* no cantaría, pues, «las heroicas gestas» de los antiguos romances caballerescos o moriscos. Sería un «romance» en cuanto a su forma, pero su fuente de inspiración sería «el pueblo». Obsérvese: de nuevo el pueblo. El pueblo y «la tierra», dice Machado. «Mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo que las compuso y de la tierra donde se cantaron; mis romances miran a lo elemental humano, al campo de Castilla y al Libro Primero de Moisés, llamado Génesis» *(Machado, 1940:27-28).*

Me pregunto si esto es cierto: que *La tierra de Alvargonzález* no es un «nuevo romance viejo». Yo no lo veo en esta forma, aunque la mayoría de los críticos rehúsen discutir el problema o lo acepten tal como lo planteó Machado. (Véase, por ejemplo, a *Serrano Plaja, 1944:57-83).* A lo mejor, así se portaba el «costumbrismo», incipiente de la época machadiana: Machado sería un costumbrista reacio a considerarse como tal. Inmadurez de una teoría literaria en sus inicios.

Para nosotros, ningún romance moderno, ya sea popular o culto, existe con independencia de sus características de gesta. Y en *La tierra de Alvargonzález* se entrevé la gesta desde varios ángulos. Ella está presente en él cuando se confrontan el Bien y el Mal, representados el uno por el hijo menor y puro y el otro por sus dos hermanos mayores, envidiosos y malos; también en el triunfo final del Bien, con la recompensa correspondiente, y en el fracaso del Mal, con el castigo; aun en la peregrinación del hijo menor hacia tierras muy lejanas [América] y en su regreso posterior, ya hecho hombre maduro; todavía en el sueño del viejo padre, a manera de antevisión y en la realidad grotesca e inmediata que sucede a dicho

sueño; en la participación del pueblo difundiendo en cantares la leyenda del crimen ocurrido a orillas del lago..., etc.

¿Por qué puso Machado tanto empeño en afirmar que *La tierra de Alvargonzález* no es una «gesta»? ¿Cuál era su concepto de gesta? ¿Unicamente el de hazañas guerreras y heroicas con fines nacionalistas y/o imperialistas? ¿Y por qué separó las ideas de «gesta» y «pueblo» entre sí? «Mis romances no emanan de las heroicas gestas, sino del pueblo»... ¿Acaso no son una, y otra cosa, una sola cosa? ¿Acaso hay gesta sin pueblo que la interprete o pueblo que no haya sido un motivo de gesta? Desdichadamente, no alcanzo a comprender aquí, en su totalidad, lo que quiso decir Machado. ¿Acaso ignoraba que los romances antiguos también se inspiraban en el pueblo? Pienso que simplemente pretendió expresar su repudio a la imitación servil del arte folklórico por el arte erudito. El se «inspiraba» en los folk-romances viejos, pero no los copiaba. Por lo menos, así creyó haberlo hecho, no alcanzando a lograrlo, evidentemente, dada la imposibilidad natural que hay en tales casos. «Muy lejos estaba yo de pretender resucitar el género en su sentido tradicional. La confección de nuevos romances viejos —caballerescos o moriscos— no fue nunca de mi agrado, y toda simulación de arcaísmo me parece ridícula» *(Machado, 1940.* Prólogos a «Campos de Castilla», 1912).

Lo cierto es que *La tierra de Alvargozález* sí es un romance, pero jamás un romance singular, sin ninguna huella de gesta heroica. Su fuente motora, sin duda, es el pueblo contemporáneo de Machado, aquel con el cual Machado convivió, amando, soñando y sufriendo. Pero su *background* intelectual, sus raíces librescas por así decir, es el gran *Romancero* de Agustín Durán. Razón por la cual, más preciso hubiera sido Machado si hubiese trabajado un poco más ese prólogo, evitando los rasgos de confusión que figuran en él y borrando por inadecuada la afirmación de que «toda simulación de arcaísmo me parece ridícula». Pues no por haber cantado un suceso de la Castilla actual *La tierra de Alvargonzález* deja de ser una «simulación del arcaísmo». Posteriormente, el mismo Machado caería en contradicción al exponer sus ideas sobre «el pueblo».

En resumen, *La tierra de Alvargonzález* no es exactamente un «nuevo romance», el cual fuera diferente de los «romances viejos», pues tal diferencia no puede existir. No es sino un gran romance del género erudito, muestra temprana del «costumbrismo» o «nativismo» español en la poesía. Y Machado lo compuso por una sola razón, que es lo que importa si queremos comprender la influencia

del folklore sobre el poeta. Dicha razón la expresó en los siguientes términos: «Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía, y quise escribir un nuevo Romancero».

Si no fuese poeta, Machado hubiera sido un segundo Agustín Durán, dispuesto a recoger de modo objetivo los tesoros de la literatura oral de los poetas populares. Poeta él mismo, sin embargo, no le restaba otro camino sino interpretar el sentimiento del pueblo, en lugar de recogerlo; interpretarlo a través del don de crear por sus propias facultades. Esa fue la gestación de *La tierra de Alvargonzález* y que muy bien pudo haber dispuesto cualesquiera disquisiciones explicativas por parte del autor. En *La tierra de Alvargonzález* flota en las entrelíneas el espíritu de Durán, a los ojos del folklorista menos avisado.

Por lo demás, la confesión de que el romance le parecía «la suprema expresión de la poesía» también es emocional en cierto sentido —inmatura por así decir—, y aún algo huele a influencia de Durán. Si tal afirmación fuera el producto de profundas meditaciones, la obra poética machadiana, en su casi totalidad, tendría que estar compuesta de romances. Pues siendo Machado un gran poeta no se contentaría en trabajar con formas que no considerara «la suprema expresión de la poesía». Al afirmar tal sentencia —el romance es «la suprema expresión de la poesía»—, expresó, por lo tanto, un sentimiento hacia el romance, y no un razonamiento. Sentimiento tal vez penetrado en su espíritu durante los períodos más asequibles para ello: la niñez o la adolescencia. Niñez o adolescencia absorbida en la contemplación que le producía el *Romancero* del tío don Agustín. Por dos lados hubo de producirse dicha influencia: la voluminosidad del mencionado *Romancero* y la ascendencia moral de la simple figura de don Agustín, debido a las circunstancias de parentesco. Su «buen tío», como lo calificaba el sobrino. En esta expresión —«mi buen tío»—, pudo haberse involucrado una significación de mayor relevancia que suponemos.

Si quisiéramos insistir en que hay mucho de «viejo» en *La tierra de Alvargonzález,* bastaría comparar su título con el de «Conde Fernán González», un viejísimo romance anónimo. *(Durán, 1849,* número 704, clase I). O aun comparar el primer verso del romance machadiano —«Siendo mozo Alvargonzález»— con el comienzo de ciertos romances viejos, tales como: «Siendo del Magno Alejandro», número 502, VIII; «Siendo emperador Magencio», número 574, V; «Siendo llegada la aurora», número 1.138, VIII. Pero en donde más veo «lo viejo» incrustado en la creación de Machado, es en la temá-

tica. No se trata de un crimen «bárbaro», «regional» y «común», como han dicho algunos especialistas en la obra del gran poeta. En ese mismo error han incurrido otros críticos al juzgar al antiquísimo «Delgadina», calificándolo de argumento «brutal y repugnante» (Menéndez Pelayo, citado por *Cifuentes, 1912: 38),* o aun «repulsivo», de «intención miserable» *(Moya, 1941:421.* También *Puymaigre, 1885:254* «repugnante situation»)... Siguiendo tal modo de pensar, la mayor parte de la colectánea de Durán sería repulsiva, de intención miserable.

La trama dramática de *La tierra de Alvargonzález,* como la de todos los romances del género, tiene otra dimensión, tan natural como lo más natural que pueda haber en la vida. Es diaria —y real o imaginaria— la historia de hijos que matan al padre. Sobre todo imaginaria, en su calidad de proceso purificador y necesario. Proceso que violenta y apacigua. Todas las fases del Complejo de Edipo están presentes en este poema. EL DESEO POR LA MADRE es la codicia de los hijos mayores por la tierra; «la tierra» ha sido siempre símbolo de la madre en la mitología universal. Hasta se oye decir «Madre-Tierra». Los mayas llaman «Madre-Milpa» al maíz, producto de la tierra. *(Samayoa Chinchilla, 1950).* Los indios andinos, cuando se emborrachan, primeramente «dan de beber a la tierra», volcando al suelo una porción del vaso. (Véase, por ejemplo, *Carvalho-Neto, 1964:* «Chicha»). Alvargonzález la amaba:

Feliz vivió Alvargonzález
en el amor de su tierra.

EL AMOR Y ODIO POR EL PADRE está claro como la luz meridiana:

Mucha sangre de Caín
tiene la gente labriega,
y en el hogar campesino
armó la envidia pelea.

LA ELIMINACION DEL PADRE —violación del tabú totémico— se procesó con un hacha. Y un hacha de hierro desferida sobre el cuello. Aún más:

...cuatro puñaladas
entre el costado y el pecho

Es decir, sacrificio perfecto. En ese momento, ¿no sería el mismo poeta Antonio Machado asesinando al viejo Antonio Machado y Alva-

rez, su padre? Nada más natural, lógico, aceptable. Habría que conocer con más detalles la vida de doña Cipriana y su nuera —respectivamente, la abuela y la madre del poeta—, para completar el cuadro. De todos modos, Machado deja escapar en *La tierra de Alvargonzález* dos o tres rasgos descriptivos de Alvargonzález —en el caso, su padre imaginario—, los cuales corresponden a la descripción que él había hecho de Machado y Alvarez, su padre real.

Alvargonzález ya tiene
la adusta frente arrugada,
por la barba le platea
la sombra azul de la cara.

....
salió solo de su casa;
....
iba triste y pensativo
por la alameda dorada;

....
Tiene el padre entre las cejas
un ceño que le aborrasca
el rostro.......................

¿Quién es este señor Alvargonzález de «adusta frente» y de «barba», que sale «solo» y camina «pensativo» por la «alameda»..., sino el mismísimo Machado y Alvarez, que también tenía «alta frente» y «breve mosca», y que habla «solo» y «medita» por el «jardín»...? (*Machado, Obras Completas, 1940:349.* «Sonetos», *Nuevas Canciones,* 1917-1930). No puede haber similitud inconsciente más clara. Conste que no se trata de una analogía pobre; son seis rasgos, lo que, en psicoanálisis, es todo un hallazgo. Hasta la conformación de la misma palabra «Alvargonzález» sería un proceso inconsciente de disfraz de la voz «Alvar-ez» con la intercalación del afixo disimulador «gonzal». Alvargonzález: una atrofía lingüística de Alvarez, el apellido del padre.

Eliminado el padre, los hijos asesinos poseyeron a la madre. LA POSESION DE LA MADRE, en el poema, es la posesión de la tierra, y, de manera más explícita, el cultivo de la tierra es el acto sexual propiamente dicho:

Los hijos de Alvargonzález
ya tienen majada y huerta,
campos de trigo y centeno
y prados de fina hierba...

EL GOCE POR LA MUERTE DEL PADRE no tiene límite:

Ya están las zarzas floridas
y los ciruelos blanquean;
ya las abejas doradas
liban para sus colmenas, etc.

Llegamos al clímax del proceso edípico. Comienza la bajada con EL TEMOR AL CASTIGO. Cuando todo era flores, belleza, riqueza..., una espina apuntalada en el corazón de los asesinos empezó a molestar, a sangrar por dentro: la conciencia. Y más y más, cada día, en forma de estribillo:

...el que la tierra ha labrado
no duerme bajo la tierra...

No dormía bajo la tierra quien se la había labrado. Sí, no se había enterrado al padre asesinado; lo habían tirado a una «laguna sin fondo» con «una piedra amarrada a los pies»... A los viajeros iba informándoseles de que «el que la tierra ha labrado» por allí «no duerme bajo la tierra». La noticia se explayaba. *Vox populi.* Se volvía gangrena la herida en el corazón de los asesinos. Su conciencia les desarrollaría el sentimiento de culpabilidad, mórbido remordimiento sin esperanza de paz, de un regreso hacia los tiempos felices de la vida en familia. Comenzaron las visiones atroces:

El pensamiento amarrado
tienen a un recuerdo mismo.
....
—Hermano, ¡qué mal hicimos!
....
Un hombre,
milagrosamente, ha abierto
la gruesa puerta cerrada
con doble barra de hierro.
El hombre que ha entrado tiene
el rostro del padre muerto.

Simultáneamente, vino la renuncia a los frutos del crimen:

En los sembrados crecieron
las amapolas sangrientas.

Es decir, no se cosechaban los frutos, las espigas de trigales y de avenas se pudrieron, la fruta en la huerta murió, las ovejas se enfermaron... Ya nadie cuidaba lo suyo. Entonces, abandonaron la tierra,

o sea, a la madre. La idea fija y la persecución obseviva los enredaba en las lianas de su propia maldad. Ya no habría escape posible sin el AUTOCASTIGO.

Y así llegaron los hermanos Alvargonzález al autocastigo, etapa final de dicho proceso cíclico normal y corriente. ¿Quién no se acuerda de que Edipo Rey, el hijo incestuoso, se laceró los ojos? Lo hizo en convulsiones de dolor moral, en el final de la inmortal tragedia de Sófocles:

¡Ay de mí!
¡Cómo me penetran
las punzadas de dolor
y el recuerdo de mis crímenes!
(Sófocles. Cit. por *Mullahy, 1953)*

¿Y Delgadina, ya citada? ¿Quién también será capaz de olvidarla? En la mencionada versión francesa, de Puymaigre, ella se amputa las manos. Al día siguiente, le dice a su padre:

Seigneur père, ce n'est pas sans raison; par vous je fus engendrée, vous baisiez mes mains; et les mains baisées par un père, voilá ce qu'elles méritent.
(Puymaigre, 1885:254)

Los ejemplos de los autocastigos edípicos nos proporcionarían una voluminosa antología en la historia universal de la literatura y del folklore.

Pues bien, del mismo modo los hijos de Alvargonzález, conducidos por la conciencia, llegaron también al autocastigo: única puerta que se les abría hacia la luz. Desde el fondo de sus almas en tinieblas lograron reencontarse, regresando todos al local del crimen. Se acercaron a la laguna, en «una noche húmeda, obscura y cerrada», y se tiraron al agua gritando: «¡Padre!»:

... cayeron, y el eco ¡padre!
repitió de peña en peña.

Así termina el romance de Machado. Más lógico no puede haber otro. Más antiguo, más universal, más popular ¡imposible! Aquí aún cabrían las teorías de Carl G. Jung respecto al «inconsciente colectivo». Y concluiríamos repitiendo con énfasis: ¡No! No es verdad que en este «romance nuevo» —usando la calificación dada por su mismo autor —no existan huellas de los «romances viejos». Fue una plena ilusión, pues, la de Machado, al afirmar que «muy lejos estaba» de

«pretender resucitar el género en su sentido tradicional». Quiérase o no, *La tierra de Alvargonzález* es una excelente «simulación de arcaísmo». A más de ser un camino límpido hacia la comprensión psicológica del poeta, pues en dicha creación él se autodescribe fervientemente. El «yo» y el «super-yo» de Antonio Machado figuran al desnudo en *La tierra de Alvargonzález,* más que en cualesquiera otras de sus composiciones. El análisis psicoanalítico de su obra total nos revelaría a fondo la esencia de ese poeta como individuo, es decir, como persona que fue, con sus complejos y sublimaciones, angustias e inhibiciones.

En *La tierra de Alvargonzález* no faltó siquiera la presencia del «héroe». El es el hijo menor, como siempre. Por procesos de disfraces y redisfraces, vuelve de lejos a redimir al padre asesinado por los hermanos. En términos de psicoanálisis, corresponde al lado «moral» del poeta. Lado que lucha dentro de nosotros contra el lado «no moral». Es decir: él es el «principio de la realidad» en oposición al «principio del placer». El uno, «bueno», aunque restringido y censurado; el otro, «malo», aunque placentero y libre. Por el «principio del placer», el poeta mató al padre, identificándose con sus hermanos asesinos y en ausencia u olvido del hijo menor. Cometido el atropello, el poeta se puso el ropaje del hijo menor y regresó a casa para vengar el crimen: «principio de la realidad».

Desgraciadamente, se ha creado en torno al Psicoanálisis —y aún más en torno al psicoanálisis literario y social— una especie de muro de Berlín. Obstáculo infranqueable, arriesgándose uno a ser herido. Pese a los riesgos, sigo creyendo que vale la pena saltar ese muro hacia acá o hacia allá. Ver desde ambos lados es ver mejor. Bien lo ha dicho Unamuno, al realzar el valor de la comparación: «Quien conoce un solo organismo sólo puede conocerlo por el examen comparativo de sus padres, y, en realidad, ni aun así cabe decir que lo conozca, mientras no lo compare con otros». *(Unamuno, Obras completas, 1959:VII, 488.* «Sobre el cultivo de la Demótica», 1896). El Psicoanálisis literario es un método que ayuda bastante a aclarar ciertas incógnitas. Debe ser aceptado y puesto en práctica, siempre y cuando corresponda hacerlo. No sin razón es ya considerable su bibliografía (4).

Si todos estos argumentos no fueran suficientes para demostrar cuanto de «viejo» hay en el pretendido romance «nuevo» *La tierra de*

---

(4) Véase, por ejemplo: VALLEJO NAJERA, «Literatura y psiquiatría», 1950; PEREIRA DA SILVA, «Graciliano Ramos, ensaio crítico-psicanalítico», 1950; RAMOS GALLES, «Los personajes de Gallegos a través del Psicoanálisis», 1969; FREDO ARIAS DE LA CANAL, «Intento de psicoanálisis de Juana Inés», 1972; y otros títulos por el estilo.

Alvargonzález, nos restaría tratar el tema de un modo absolutamente contundente, llamando con la propia palabra «error» a lo que sí fue un error de Machado. Pienso en el revuelo que pueda causar. ¿No suena esto a irrespetuosa erudición? Lo cierto, sin embargo, es que nuestro magno poeta nunca estuvo exento de errores. Los cometía con frecuencia, lo que, en su caso, resulta positivo, por presentarlo más humano.

Ya Dámaso Alonso llamó la atención para dicha tendencia de Machado, cual la de cometer inexactitudes, aunque involuntarias, naturalmente. Y lo hizo bajo un subtítulo irónico y bondadoso: «Los poetas nunca mienten». Como diciendo: Machado ha mentido mucho. Una de sus mentiras: «Mi costumbre de no volver nunca sobre lo hecho y de no leer nada de cuanto escribo». Por supuesto, que es esta una mentira poética, jamás mentira auténtica, de las bajas y fingidas. «Los datos más inexactos —dice Dámaso Alonso— son los que el poeta proporciona sobre su misma persona o sobre su poesía». Y agrega: «¡mucho ojo, crédulos y probos investigadores!»

Lo importante, sin embargo, es tener en cuenta que «Machado pertenecía a otra clase de escritores»; no a la de los que nunca se corregían ante sus propios errores advertidos. Su obra es un collar de sucesivas ediciones revisadas. Valga el ejemplo de aquellos versos de 1903:

el lino en su rueca
que lenta giraba...

En 1936 adquirieron otra forma:

el huso en su rueca,
que el lino enroscaba.

¿Y por qué esto? Simplemente porque lo que gira es el huso y no la rueca y el lino se enrosca en el huso. «Es indudable —dice Dámaso—, que alguien ha llamado la atención del poeta sobre la grave equivocación cometida. Alguien ha explicado a Machado la función de la rueca y la del huso» *(Dámaso Alonso, 1953:107-117).*

CAUSAS DE LA INFLUENCIA

Esta influencia del Folklore en Antonio Machado, tal como quedó demostrada, necesariamente tuvo sus causas. Y dichas causas, a mi modo de ver, fueron las siguientes: Antonio Machado y Alvarez, Agus-

tín Durán, Antonio Machado y Núñez, y Cipriana Alvarez de Machado. En otras palabras: su familia. La familia del poeta.

Comencemos nuestra comprobación por Antonio Machado y Alvarez, el padre de Manuel y Antonio Machado. Pues él fue el factor de influencia más importante, entre los demás referidos. Factor, por otra parte, ya reconocido por numerosos críticos, de manera intuitiva. No siendo profesionales de la Ciencia del Folklore, ellos no han podido adelantar sus estudios al respecto. En efecto, todos los críticos literarios carecen de mayores informaciones sobre Machado y Alvarez, por lo que les resulta imposible precisar la influencia del padre sobre el hijo, aunque la admitan *a priori*.

Creo de utilidad, pues, detenerme sobre Machado y Alvarez, aportando a los estudios de literatura varios datos bio-bibliográficos, dispersos hasta el presente informe. Difícilmente llegarían al conocimiento de los críticos literarios, si un folklorista no se diera al trabajo de estructurarlos teniendo en vista ese objetivo.

VII. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ

1. *Biobibliografía*

Antonio Machado y Alvarez nació en Santiago, provincia de La Coruña, el 6 de abril de 1846, y falleció en Sevilla el 4 de febrero de 1893, a los cuarenta y siete años de edad. En 1869, en Sevilla, tomó el grado de Licenciado en Derecho y en 1871 el de Licenciado en Filosofía y Letras. Por «circunstancias que no importan para nada, y de que hago caso omiso al benévolo lector», tal como confiesa, abandonó los estudios folklóricos en 1872, dedicándose a la cátedra de Metafísica, de la Universidad de Sevilla. Siete años más tarde, sin embargo, a instancias de Francisco Rodríguez Marín, vuelve al folklore, pasando a colaborar con asiduidad en la Revista *La Enciclopedia,* de Sevilla, en la cual logró crear una «Sección de literatura popular». Desde 1879 hasta 1881 dicha «Sección» apareció con regularidad, despertando elogios de Hugo Schuchardt, en Austria y Köhler, en Alemania, entre otros. *(Machado y Alvarez, 1883:18-20.)*

El espíritu de Machado había así renacido para nuestra Ciencia, animándose a publicar sus libros, a partir de entonces. Se conocen, entre otros:

1880. *Colección de enigmas y adivinanzas en forma de diccionario.* Sevilla: Imp. de R. Baldaraque; etc. 1880, 496 pp.
1.061 adivinanzas españolas, un apéndice con algunos cuentos de

adivinanzas y un segundo apéndice con acertijos gallegos y «endevinallas catalanas, mallorquinas y valencianas», más «cosadielles» o adivinanzas asturianas y «divinetas ribagorzanas». Soluciones en orden alfabético. Notas bibliográficas. Introducción teórica sobre el concepto de adivinanza, charada, enigma y acertijo.

1881. *Colección de Cantes Flamencos.* Sevilla: Imprenta y litografía de «El Porvenir», O'Donnell, 46, 1881. También Halle, a S. Max Niemeyer-Palermo, Luigi Pedone, pp. XVIII-209.
Contiene un importante prólogo del autor sobre la naturaleza de los Cantes y una exhaustiva colección de coplas clasificadas en: soleares de tres versos, soleariyas, soleares de cuatro versos, seguiriyas gitanas, polos y cañas, martinetes, tonás y livianas, deblas y peteneras; así como una pequeña biografía del célebre cantaor de su época Silverio Franconetti y el repertorio de sus coplas más usadas. El interés de Machado y Alvarez por el tema arranca de 1871, cuando escribió un artículo con el mismo título de «Cantes flamencos», más tarde incluido en sus *Estudios sobre literatura popular,* 1884.

1883. *Poesía Popular. Post-scriptum a la obra «Cantos populares españoles (de F. R. Marín»,* Sevilla: Francisco Alvarez & Cía., Editores, 1883, 125 pp.
Indispensable volumen sobre los orígenes de la poesía popular de España y el contenido de la referida obra de Rodríguez Marín.

1884. *Estudios sobre literatura popular.* 1.ª parte. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1894, 318 pp. («Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas», Tomo V).
Reúne numerosos artículos dispersos, de diferentes épocas, muchos de ellos aparecidos en la revista *La Enciclopedia.* Entre otros: «Introducción al estudio de las canciones populares», «Carceleras», «Modismos populares», «Fonética andaluza», «Coplas refranescas», «Coplas sentenciosas», «Coplas amorosas», «Cantes flamencos», «Las adivinanzas», «Cuentos, oraciones y adivinas de Fernán-Caballero», «Analogías y semejanzas entre algunos enigmas populares, catalanes y andaluces», «Consideraciones sobre la literatura popular catalana», etc.

1904. *Artículos varios.* Madrid: Librería de Fernando Fe, 1904, 112 pp.
Libro póstumo, con la siguiente indicación: «Obras completas, Tomo I». Reúne los siguientes artículos, pero omitiendo los datos bibliográficos correspondientes: «El Rosario; Las Narices; El Diamante y el Carbón; El Bautismo de los salvajes; El Santo Estiércol; el Bu; O los médicos o los santos; La estación de los pobres; El Adán de la Tradición; El Adán de la Ciencia; A los pies de V.; Las pajaritas de papel; Cámbiame esas tres motas; La aguja; El aventador; y El Poeta Juan del Campo». Como se puede ver, ninguno de estos artículos figura en la relación que refiero a continuación. Es posible, pues, que no se trate propiamente de «Artículos sueltos», como tituló el organizador anónimo de esta colección, sino de «artículos

inéditos». Es decir, manuscritos hallados entre los papeles de Machado. Si bien dicho volumen constituye un homenaje a la memoria de Machado y Alvarez, es una pena que haya sido dado a luz en forma tan precaria. De ningún modo debió haber llevado la indicación de «Obras completas, Tomo I».

A más de estos libros, son artículos y folletos sustanciales:

1879. «Fernán Caballero. Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares o infantiles». Sevilla: *La Enciclopedia,* núm. 61, época I, 15 de marzo de 1879; núm. 5, época II, 15 de mayo de 1879.

1881. «El Folk-Lore Español. Sociedad para la recopilación y estudio del saber y de las tradiciones populares. Bases». Sevilla: 3 de noviembre de 1881. Transcripto en *El Folklore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1883, pp. 501-503.
Las nueve bases que Machado creyó fueran indispensables para la «formación de un gran Centro Nacional» de Folklore.

1881. «Circular del Folk-Lore Andaluz dirigida a las provincias andaluzas». Sevilla: 15 de diciembre de 1881. Transcripto en *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía., Editores, 1883, pp. 503-505.
Carta a las ocho provincias andaluzas, invitándolas a colaborar con la Sociedad del Folk-Lore Andaluz.

1881. «Titín. Estudio sobre el lenguaje de los niños». Traducido al inglés: «Titin. A Study of Child language». *Philological Society* (5).

1881. «Cuentos populares de la alta Bretaña». Reseña crítica a esa obra de Sébillot. Madrid: *Revista Ilustrada de Madrid,* núm. 30.

1882. «Memoria. Leída en la Junta General celebrada por la Sociedad Folklore Andaluz, el día 30 de abril de 1882». Transcripto en *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1883, pp. 506-511.
Sobre la voz «Folk-Lore» y el concepto de esta ciencia.

1882. *Juego de San Miguel y el Diablo* (6).

1882. *Juego de la Cuerda,* 7 de julio de 1882 (7).

1882. *Juego de la Rueda,* 14 de agosto de 1882 (8).

1882. «Carta al distinguido poeta sevillano señor D. Luis Montoto y Rautenstrauch». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, pp. 93-94.

---

(5) Según referencia de Sama, 1893.
(6) Según Guichot y Sierra, 1922:175.
(7) Ibíd.
(8) Ibíd.

Contestación a la carta que le fue dirigida por Luis Montoto (*El Folk-Lore Andaluz*: 1882-1883, pp. 89-92) sobre el poeta popular Sr. Manuel Balmaseda.

1882. «Introducción». In *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Compañía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase pp. 1-8.
Origen de la palabra «Folk-Lore» y concepto de esta ciencia. Folklore e Historia. La Sociedad del Folklore Andaluz.

1882-1883. «Juegos Infantiles Españoles». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase páginas 158-171.
La ciencia del Folklore. Los juegos y canciones infantiles. Ejemplos: «El pon-pon», «Las tortitas», «Este puso un huevo», etc.

1882-1883. «Libros y artículos de Folk-Lore publicado por nuestros socios honorarios. Cuentos». El *Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, pp. 51-52.
Relación bibliográfica de obras sobre el cuento popular aparecidas por aquellos años y firmadas por los socios honorarios de la Sociedad del Folklore Andaluz.

1882-1883. «Mapa topográfico-tradicional de la provincia de Sevilla. Interrogatorio». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, pp. 511-512.
Este mapa fue publicado por primera vez en abril de 1882 según *Guichot y Sierra, 1922:182.*

1882-1883. «Mapa topográfico-tradicional». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, pp. 9-13 (bis).
Teoría del mapa-topográfico tradicional e indicación de quienes podrían llevarlo a cabo.

1882-1883. «La niña de los ojos negros. Juego infantil». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase pp. 217-220.
«Fiel y literal versión del juego tal como lo he recibido.»

1882-1883. «Los pregones. Carta al Sr. D. José Pitré». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase páginas 247-255.
Concepto y ejemplos de pregones. Clasificación.

1882-1883. «Miscelánea I». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase pp. 40-48.
Colección de hechos folklóricos desarticulados: Romance cantado. Oración de San Antonio. Buenaventura. Pregón del afilador. Sevillanas nuevas. Pregón de un vendedor de aceitunas. Pregón de un chochero. Cuento. Traba-lenguas. Coplas. Los sombreritos. Pregón de Vicentito el florero.

1882-1883. «Miscelánea II». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase pp. 76-85.
Romance cantado. El número 3. Nombre de sitios. Oraciones.

1882-1883. «Miscelánea IV». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase pp. 481-499.
Origen de los nombres Yerba-buena y Mejorana. Recuerdos a los muertos. Piropos. Una comparación popular. Exorcismo. Ocurrencia. Dichos. Coplas. Tradiciones. Frases hechas. La salve de los presos. Geografía física en coplas. Dictados tópicos. Pregones. Nombres de sitios.

1882-1883. «Supersticiones populares francesas. La yerba que extravía». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase pp. 453-457.
Yerbas buenas y yerbas malas. El trébol de cuatro hojas. Otras.

1883. *Titín y las primeras oraciones.* (Traducción al alemán por Schuchardt, al italiano por Pitré, al francés por Cuervo, al portugués por Leite, al inglés por Gregor) (9).

1883. «Cuestionario para el acopio de materiales del pueblo castellano». Madrid: *El Globo,* 3 de noviembre de 1883 (10).

1883 (?). «Interrogatorio para el mapa topográfico-tradicional de Castilla» (11).

1884. «Cuentos Populares Españoles». In *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas,* Tomo I. Madrid: Libería de Fernando Fe, 1884, 303 pp. Véase pp. 101-195.
Doce cuentos populares coleccionados y publicados por Machado y Alvarez, pero recogidos por D. Th. H. Moore en Chile, Alejandro Guichot y Sierra en Sevilla, Sergio Hernández en Extremadura, y Cipriana Alvarez de Machado en Huelva. No hay ninguno recogido por el mismo Machado. La razón del título es simplemente «porque están escritos en idioma español; y no por otra causa». De ahí que de los 12 cuentos, 5 son de Chile, no debiendo los chilenos olvidar el hecho cuando se escriba la historia del folklore chileno. Si bien en el subtítulo Machado especifique estar estos cuentos «anotados y comparados con los de otras colecciones de Portugal, Italia y Francia», dichas comparaciones no figuran en el tomo. Tampoco las «concordancias», «notas» y «observaciones» anunciadas en las «advertencias preliminares».

1884. «Introducción» a la Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas. In *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas.* Tomo I. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1884, 303 pp. Véase pp. IV-XIII.

---

(9) Según Guichot y Sierra, 1922:175.
(10) Según Guichot y Sierra, 1922:182.
(11) Según Guichot y Sierra, 1922:182.

Noticia sobre las «Bases del Folk-Lore Español» (publicado en Sevilla, 3 de noviembre de 1881) y la fundación de las sociedades del *Folk-Lore Andaluz* (29 de noviembre de 1881) y *Folk-Lore Extremeño* (11 de junio de 1882). También informa sobre la revista *Folk-Lore Béltico-Extremeño*, órgano de las dos mencionadas sociedades (12). Fines de la «Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas». «Nuestra *Biblioteca*, pues, viene a responder a una necesidad verdaderamente sentida, y está llamada a ser en España, dentro de límites reducidos y modestos, lo que son para Portugal, Italia, Francia e Inglaterra, respectivamente las *Bibliotecas* de Coelho, Consiglieri-Pedroso y Leite de Vasconcellos, la *Biblioteca delle tradizioni popolari siciliani* del insigne Pitré, la titulada *Les literatures populaires de toutes les nations*, que editan en París los señores Maisonneuve et Cie., y las publicaciones de la *Folk-Lore Society*, creada en Londres el año 1878». Véase el largo comentario que sobre dicha fuente escribió *Guichot y Sierra, 1922: 165-167.*

1885. «Analogía entre algunas cántigas gallegas y otras coplas andaluzas, castellanas y catalanas». In José PEREZ BALLESTEROS. *Cancionero Popular Gallego.* Tomo I. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1885 («Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas», vol. VII).
Sin duda, uno de los primeros ensayos de folklore comparado publicado en España.

1885. «Breves indicaciones acerca del significado y alcance del término 'Folk-Lore'». Madrid: *Revista de España*, 25 de enero de 1885, tomo CII, núm. 406, 1885, pp. 195-207.

1885. «El Folk-Lore del Niño. Juegos infantiles». Madrid: *Revista de España,* tomo CV, núm. 417, 1885, pp. 82-104.

1886. «El Folk-Lore del niño. Juegos de niños de ambos sexos». Madrid: *Revista de España,* tomo CXI, núm. 442, 1886, pp. 260-281.

? «El ahorcado a lo divino». *Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias de Sevilla.* Se hizo tirada aparte (13).

? «El garbancito». Sevilla: *La Enciclopedia,* núm. 20, 4.º año, pp. 622 y ss.
Cuentos hispano-luso-italianos, J. Leite de Vanconcellos los compara con otras versiones portuguesas que publica en su artículo «Costumes populares hispano-portuguezes». Sevilla: *El Folk-Lore Andaluz,* Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, pp. 208-215.

? «El médico bonito». Sevilla: *Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias de Sevilla.* Se hizo tirada aparte (14).

(12) Más tarde, Alejandro Guichot y Sierra habría de fundar el «Boletín Folklórico Español», el mismo que con las dos revistas mencionadas conforma el grupo básico de las primeras publicaciones periódicas españolas sobre Folklore, en el siglo pasado.

(13) Según Sendras y Burín, 1892:282.

(14) Ibíd.

La obra folklórica de Antonio Machado y Alvarez no se reduce a los mencionados títulos. La revista *El Folk-Lore Andaluz* aún trae las valiosas reseñas que él preparó sobre importantes obras de la época firmadas por Pitré, Rolland, Leite de Vasconcellos, Pelay Briz, Cosquin y otros. Y también sus reseñas de Revistas. Guichot y Sierra, por otra parte, informa que desde octubre de 1883 hasta el año 1886, Machado publicó numerosos trabajos en los diarios *El Progreso, El Globo, El Día, El Liberal, El Imparcial* y *La Epoca;* aún en la *Revista de España,* en La *América,* en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (15) y en *El Folklore Frexnense* (enero 1883-diciembre 1883) *(Guichot y Sierra, 1922:181, 189.* Sin duda, basado *en Sendras* y *Burín, 1892: 290).* También en el *Ilustr. Esp.*, según Cejador y Frauca. *(Cejador y Frauca, 1918: tomo IX, 329).* Valioso es el aporte de Cejador en haber descubierto un segundo pseudónimo de Machado: a más de «Demófilo», el de «Lorenzo de Madrid». Curioso fenómeno en la historia del folklore español: la costumbre de los pseudónimos. Sin duda, debido a cierto temor y vergüenza en escribir sobre temas todavía considerados tontos en aquellas primeras épocas. En *El Folk-Lore Andaluz,* por ejemplo, figuran «Micrófilo», «Pomophilo» y otros más.

A cada rato, en nuestras lecturas nos encontramos con más referencias a trabajos folklóricos sueltos de Machado y Alvarez. Rodrigo Sanjurjo informa que «él escribió numerosos artículos» en la *Revista mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias, de Sevilla* (Seis tomos: 1869-1874) fundada por el propio Machado y Alvarez. *(Sanjurjo e Izquierdo, 1882-883:36.* Véase también *Sendras y Burín, 1892:282).* Joaquín Sama afirma haber 18 artículos machadianos bajo el sello de *Biblioteca Andaluza.*

Urge reunir este material esparcido y darle forma orgánica en honor a España, en provecho de la Ciencia del Folklore y en recuerdo a Antonio Machado y Alvarez. Nos hemos referido ya a la tentativa infructuosa de aquel organizador anónimo que en 1904 trató de sacar a luz las «Obras Completas» de Machado y Alvarez, con un «Tomo I», titulado «Artículos varios». Tentativa tan sin fortuna que hasta don Alejandro Guichot y Sierra ignoró su existencia. Quien se encargue de elaborar una auténtica colección de las Obras Completas machadianas deberá hacerlo con amplio criterio académico y bibliográfico, partiendo de la estaca zero. Es tarea que sueño con emprender algún día, partiendo del presente manojo de fuentes. Mucho material, sin embargo, se habrá perdido, tomando en cuenta la referida declaración

(15) Según Joaquín Sama, 1893, son cerca de 30 los artículos de Machado que figuran en el «Boletín de la Institución Libre de Enseñanza», en los tomos de los años 1882 al 1887.

testimonial de Guichot y Sierra, según la cual, al morir Machado, sus hijos no pudieron «atender a la conservación de lo que reunió su padre», perdiéndose «totalmente los libros y los datos que del señor Machado y Alvarez quedaron en Madrid». *(Guichot y Sierra, 1922:239).* Sin duda, en esa pérdida se encontrarían estudios inéditos como aquel *Los Corrales de vecinos,* anunciado por el mismo Machado y el cual trataba de «costumbres populares» del pueblo andaluz. *(Machado y Alvarez, 1882:492,* «Miscelánea IV.)

Machado y Alvarez no se limitó a escribir y publicar sus propios trabajos. Tradujo al español *El Maldito* (16); la *Historia de los musulmanes en España,* por Dozy, 1878; la *Antropología,* de Eduardo B. Tylor, Madrid, 1888; y la *Medicina Popular,* de Guillermo Jorge Black, Madrid, 1888; a estas dos últimas enriqueciéndolas con notas y/o apéndices. A más de libros, Machado también tradujo artículos, como el «Ensayo de Cuestionario para recoger las tradiciones, costumbres y leyendas populares», Sevilla: *El Folk-Lore Andaluz,* 1882-1883, pp. 29-35).

Ya en 1881, fundada en Sevilla la Sociedad de Folklore Andaluz, «origen y núcleo del Folklore español», según Hoyos Sainz. (Véase *Aranzadi, 1917:205).* De dicha Sociedad saldrían las investigaciones que conformarían, a partir de 1883, la «Biblioteca de las tradiciones populares españolas», con autores hoy tan renombrados como Alejandro Guichot y Sierra, Eugenio Olavarría y Huarte, Sergio Hernández de Soto, Emilia Pardo Bazán y José Pérez Ballesteros, entre otros. La llama encendida habría de extenderse por casi toda España, sobre todo Galicia y Asturias *(Aranzadi, 1917:201).* Unamuno sería testigo; el día 4 de diciembre de 1896 pronunciaba una conferencia en la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Sevilla, especialmente acerca del folklore, titulada «Sobre el Cultivo de la Demótica». A más de exponer acertadísimos conceptos, reconocía que «en esta región sevillana» es «donde se inició en España la abnegada labor de la investigación demotística» *(Unamuno, 1959:492).* Machado y Alvarez —asevera Hoyos Sainz, en 1917— fue, sin duda, el «creador de estos estudios en España» (In *Aranzadi, 1917:201).* Treinta años más tarde —o sea, en 1947—, Hoyos Sainz volvía a reafirmar dichos conceptos «por debida justicia» al «entusiasta y cultísimo don Antonio Machado y Alvarez» *(Hoyos Sainz, 1947:9).* En otras palabras, Machado y Alvarez fue el «Fundador del Folklore Español», según la expresión de Alejandro Guichot y Sierra, en 1884 *(Guichot y Sierra, 1884:7).* Treinta y ocho años después —en 1922—, Guichot y Sierra también ratificaría sus juicios, dedicando la famosa *Noticia Histórica del Folklore* «a la

---

(16) «El Maldito», por...?. Según referencia de Joaquín Sama, 1893.

memoria del benemérito fundador del Folklore Español» y en ella estudiándolo en páginas hoy fundamentales para el conocimiento biobibliográfico del gran pionero. *(Guichot y Sierra, 1922:161-167, 206-207 y otras).* De un modo general, ya no se discute, pues, el derecho conquistado por Antonio Machado y Alvarez al título de precursor de los precursores. Incluso autores de nuestros días lo reconocen (17). Que sepamos, el único disidente es Joaquín María de Navascués, quien, en 1931, publicó acérrima e injusta crítica a Guichot y Sierra, acusándolo de haber escrito una «historia subjetiva» del folklore español, debido a su amistad con Machado. Para Navascués, Guichot fue parcial, mientras que «lo único que se puede alabar a Machado» es haber sido «el introductor del término Folklore en España». Evidente error. *El Folklore Español, Boceto histórico,* de Navascués, es una obra mal concebida. Arranca de la clásica confusión entre folklore y proyección estética, hoy superada. Navascués tomó por «folklore» muchas contribuciones de «proyección estética» anteriores a 1881. Equivocado, fácil le fue negar valor a la obra de Machado y Alvarez. Llegó al extremo de preguntarse, irónico o en verdadera ignorancia: «Pues hoy, del *primer folklorista español,* ¿qué obras maestras podemos presentar?» *(Navascués, 1931).* Su estudio es útil en cuanto contribución al conocimiento de los orígenes de la proyección estética del folklore español. Diría más: fundamental. Pero en cuanto a lo demás, cero. Cero por su tono polémico —no académico—, y su tentativa penosa de menoscabar el brillo de Machado y Alvarez.

Puesto que huiría a mi propósito, en este trabajo, transcribir más conceptos sobre «el fundador del Folklore español», me limito a indicar referencias que aún no citamos:

Francisco RODRIGUEZ MARIN. *La copla. Bosquejo de un estudio folklórico.* Conferencia leída en la fiesta de «La Copla», que celebró el Ateneo de Madrid el día 6 de abril de 1910. Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, 1910, 58 pp.

Julio CEJADOR Y FRAUCA. *Historia de la Lengua y Literatura Castellana.* Tomo IX. Madrid: Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1918, 528 pp. Véase pp. 329-330.

SBARBI. «Colección de cantes flamencos». *El Averiguador Universal,* 30 de septiembre de 1881. Algunos trozos sobre Machado y Alvarez se hallan transcriptos en *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, pp. 58-59.

---

(17) Véase, por ejemplo, «Gómez-Tabanera, 1968». No sólo Gómez como aun José María de Cossío reafirman, en dicho libro, su pleno reconocimiento a Machado y Alvarez.

Pese a una carrera tan brillante, aunque corta, el fin de Antonio Machado y Alvarez fue muy triste, y aún más los resultados de sus ingentes esfuerzos. Lo atestigua Sendras y Burín:

> En 1886 —escribe—, Machado «cesa en absoluto en sus trabajos folklóricos (...) desalentado y triste por el fracaso de su noble empeño, habiendo consumido en aquella hermosa obra el dinero y la salud, y necesitando dedicar su actividad a otra cosa, que aunque no le produjese gloria le rindiese provecho para sostener a su numerosa familia». Y agrega: «Y como si aquel edificio hubiese estado sostenido únicamente por él, van desapareciendo poco a poco todas las Sociedades, hasta el extremo de apenas quedar rastro de aquel fecundo y robustísimo movimiento (...). ¡Qué triste, qué desconsolador es esto! Y en tanto que aquí han quedado paralizados todos los trabajos, la idea ha dado sus frutos en Francia (1883), en Italia (1884), en los Estados Unidos y, en otros países; y accediendo a una antigua invitación de Machado se ha celebrado en 1890 el primer Congreso de Folklore en París y está próximo a celebrarse el de Londres»... *(Sendras y Burin, 1892:290)*.

Tales observaciones de Antonio Sendras y Burín, en 1892, fueron reafirmadas por Manuel Machado, mucho más tarde, en 1946, en el prólogo a la edición argentina de los *Cantes Flamencos*. Lamentando la muerte de su padre, habría de agregar que, desde entonces, «no menos de cincuenta años lleva el folklore español en una especie de colapso» *(Machado, 1947,* «Acotación Preliminar»). Esto quizá por haber sido corto e intenso el brillo de Machado y Alvarez; un decenio únicamente, de 1880 a 1890. Con su muerte en 1893, nadie pudo sobrepasarlo, aunque en el Folklore sonaran nombres muy famosos, como el de Ramón Menéndez Pidal.

No sólo Manuel Machado piensa así. En 1912, Rodolfo Lenz, en Chile, también deploraba el mal estado del Folklore español, después de la muerte del gran pionero. «Los pueblos de lengua española se han quedado dormidos» —escribía Lenz, agregando:— «¡un hecho por demás triste!»

> Me pregunto en vano ¿por qué se han desalentado esos campeones del folklore español, por qué han sido tan escasa la cosecha posterior, después de un comienzo tan brillante? No veo la razón. *(Lenz, 1912:21-23, 148-149)*.

A más de Sendras y Burín, Lenz y Manuel Machado, muchos otros siguen deplorando la situación actual del folklore español. José Manuel Gómez-Tabanera, en 1968, señaló los siguientes hechos concretos, res-

ponsables por este estado de cosas: *a)* método «a la vieja usanza»; *b)* inexistencia de cátedras de folklore en las Universidades de España; *c)* imposibilidad de formar un equipo de folkloristas capaz de redactar un manual del folklore hispánico, y *d)* inexistencia de una bibliografía del folklore español. Esto es lo que ocurre, dice Gómez-Tabanera, pese a que sí nos faltan «dilectos cultivadores» aislados. Y concluye: «Pero reconozcamos que las cosas no pueden seguir hasta ahora en un país como el nuestro, que fue de los artífices de la ciencia folklórica europea. Es indudable que hemos de salir de nuestro inmovilismo de medio lustro» *(Gómez-Tabanera, 1968:23-24).*

Estas observaciones de Gómez-Tabanera son pertinentes y oportunas, y no admiten lamentaciones pesimistas; muy al contrario, señalan directrices futuras. Mis impresiones personales corroboran sus puntos de vista, ampliándolos. Diría, en otras palabras, que no hay pobreza de fuentes en el folklore español, sino un cierto desorden bibliográfico, lo que lo incapacita para una enseñanza universitaria continua y progresiva, de la cual surgieran nuevos profesores e investigadores, y, en consecuencia, la reestructuración de la Sociedad del Folklore Español, organismo fundamental para el intercambio y la motivación. ¿Urgentes medidas? Por supuesto que sí.

2. *Presencia de Antonio Machado y Alvarez en Antonio Machado*

No es suficiente saber, por el conocimiento de datos bio-bibliográficos, que el viejo Antonio Machado y Alvarez fue un auténtico folklorista, para que se pueda afirmar que él constituyó una de las causas de la influencia de la Ciencia del Folklore en Antonio Machado. Es indispensable comprobar la existencia de un efectivo eslabón espiritual entre ambos. Y esto también es posible hacerlo de modo concreto, lejos de remotas hipótesis. Basta superponer la obra de uno sobre la del otro y se hallarán extrañas coincidencias. Nítidas enseñanzas del padre-maestro, en el caso, puesto que no me atrevería a hablar de plagios cometidos por el hijo.

Comencemos por la concepción «dinámica» del Folklore, en otras palabras, por el folklore considerado como «cultura viva y creadora», según el poeta. A más de lo que hemos demostrado, que dicho pensamiento no era ajeno a los folkloristas españoles contemporáneos del poeta Machado, se lo vamos a hallar, con incandescente claridad, en el viejo Machado y Alvarez, como cuando éste desarrolla sus criterios de «elemento estático» o pasivo («tradicional») y «elemento *dinámi-*

co» o activo («viviente»), asegurando que ambos elementos son partes constitutivas del Folklore *(Machado y Alvarez, 1885:206)* (18).

Acerca del binomio pueblo-hombre, recuérdese que el poeta sostuvo, en 1936, que lo que se debe buscar en cada «pueblo» es «el hombre». Pues bien, ya en 1884, su padre planteaba con razonamientos idénticos este mismo problema:

> ¿Pero qué es el pueblo para mí? ¿Es como pudo serlo en otro tiempo una personalidad mayor en la humanidad que no come ni bebe, ni cava, ni suda, y desprovista de todas las imperfecciones de la vil materia, tiene, sin embargo, el privilegio de pensar, sentir y querer como esos seres angélicos y beatíficos, todo espíritu, en que creen aún los que siguen siendo mentalmente contemporáneos del reno y del mamouth y del *elephas primigenius?* No, en modo alguno. El pueblo para mí no es un nuevo ídolo en cuyas aras he de quemar incienso como los palaciegos ante sus monarcas, o los creyentes ante sus santos de madera. El pueblo es para mí el nombre con que pomposamente bautizamos una de nuestras ignorancias que sólo la ciencia conseguirá disipar. En tal concepto, el pueblo es la nebulosa, y empleo únicamente esta frase como medio de hacerme entender, de que se desprenden por diferencias inapreciables esos astros que se llaman individuos. El pueblo es la tierra sobre la cual crece la planta que la tapiza de verdura, el animal que se nutre de la planta, el llamado *homo sapiens* que subyuga al animal, y el verdadero *hombre,* ser hoy en formación, que redimiendo a aquellos en lo posible, va arrancando a la Naturaleza esos secretos, sólo a los sabios confiados, únicos que pueden romper las innumerables cadenas que hoy nos esclavizan. *(Machado y Alvarez, 1884 a, pp. X-XI).*

Aun antes mismo de 1884 —en 1883—, Machado y Alvarez se había puesto a desarrollar dicho razonamiento relativo al binomio «pueblo-individuo», en su *Poesía Popular (Machado y Alvarez, 1883:39 y 48-52).*

Desde este punto de vista, le faltó sólo un paso para considerar que la historia de un pueblo debe ser buscada en el conocimiento de su folklore:

> ¿Queréis conocer la historia de un pueblo? Ved sus romances. ¿Aspiráis a saber de lo que es capaz? Estudiad sus cantares *(Machado y Alvarez, 1884 a, p. 6.* «Introducción al estudio de las canciones populares», 1869).

Machado y Alvarez insistiría muchas veces sobre dicho pensamiento, formulado en 1869, volviéndolo a formular en 1882, por ejemplo, en los siguientes términos:

---

(18) Véanse a propósito las consideraciones de A. Guichot y Sierra, 1922:184.

> Análoga nuestra sociedad a la inglesa, por el objeto principal que persigue, diferénciase, no obstante, de ésta por su carácter y tendencias: la sociedad española considera los materiales que va a recoger como elementos indispensables para la reconstrucción científica de la historia patria, no escrita hasta ahora más que en su parte más externa y política... En este sentido es una institución de interés verdaderamente nacional... *(Machado y Alvarez, 1882 a, pp. 6-7.* «Introducción»).

¿Quién no ve en dicha concepción de Machado y Alvarez, formulada en 1869 y 1882, las raíces de la de Machado hijo, medio siglo más tarde, cuando dijo éste que «el hombre lleva la historia dentro de sí»? El trasplante es evidente.

El tema de las relaciones entre el Folklore y la Historia es inagotable. En 1883 —según Guichot y Sierra—, Manuel Sales y Ferré publicaba el tomo I de su *Compendio de Historia Universal* admitiendo el Saber Popular entre «las fuentes de conocimiento histórico». Coincidía así —observa Guichot—, con la opinión de otro catedrático de Historia, el señor Consiglieri Pedroso, en 1880. *(Guichot y Sierra, 1922: 173).* Ya en 1896 era Unamuno quien, en la propia Sevilla de Machado y Alvarez repetía la idea del precursor del Folklore español, en estos términos:

> La honda vida de los pueblos, su vida íntima, antes hay que ir a buscarla en las leyendas que a los cronicones. (...) ¡El mito! El mito es mil veces más verdadero que el personaje histórico, y no pocas, cuando se forma ya aquél en vida de éste, le guía, le domina, le dirige. *(Unamuno, 1959:482-483.* «Sobre el cultivo de la demótica», 1896).

Así formulado su concepto de «pueblo», el paso inmediato del viejo Machado fue el de valorarlo. He aquí algunos rasgos de dicha valoración, los mismos que el hijo repetiría medio siglo más tarde. «Mi amor al pueblo» —escribe Machado padre— es «más grande hoy, que cuando escribí el primero de estos artículos». Creía amar al pueblo «como un buen hijo a su madre» *(Machado y Alvarez, 1884 a, páginas X-XI).* Consideraba que todos deberíamos aprender con el pueblo. Porque en él, también hay belleza.

> No es sólo un deber lo que a estudiar las obras artísticas del pueblo nos impulsa; no es tampoco puro entusiasmo por las cosas propias lo que a ello nos mueve: es también nuestra íntima convicción de que la belleza no se encuentra vinculada en clase determinada y cierta, antes bien a todos pertenece, como el aire que respiramos y la luz con que vemos. Y así, no es únicamente

patrimonio del erudito, como no es exclusivo patrimonio del sabio la verdad. Dios concedió una y otra a todos, y pensar lo contrario sería, sobre irracional, profundamente irreligioso. ¿Por qué, pues, entonces no recurrir a esa inagotable fuente de poesía donde se inspiraron Lope de Vega y Calderón y el inmortal Cervantes? ¿Por qué desdeñar las *bellezas de nuestra propia casa,* que en forma de cantares, cuentos, romances, leyendas y tradiciones por todas partes se nos ofrecen, revelando nuestra índole propia y peculiar, para ilustración del historiador, enseñanza del crítico, educación del artista y acaso también como de oportuna advertencia al hombre político?... *(Machado y Alvarez, 1884 a, p. 3).*

El viejo Machado y Alvarez insistiría en que «las creaciones del pueblo» no son «en nada inferiores, a nuestro juicio, a las del poeta erudito, cuya misión consiste sólo en tallar el diamante que la riquísima tierra le ofrece en sus entrañas». «Agrega: «¿Es, por ventura, más sorprendente y maravilloso —nos atreveríamos a preguntar— el pulimento que da el joyero al diamante, que la obra de la naturaleza, cuyo misterioso y sublime trabajo escapa a nuestra vista, burlando nuestros afanes?» *(Machado y Alvarez, 1884 a, p. 7).* Ejemplificando, el famoso folklorista tomó el canto IV del *Diablo mundo,* de Espronceda:

Una mujer dormida sobre un lecho
Riquísimo allí está, los brazos fuera,
Palpítale desnudo el blanco pecho,
Vaga suelta su negra cabellera.

....

Y duerme ahora y su entreabierta boca,
Donde entre rosas se entrevé el marfil,
Suspira, del afán que la sofoca,
Fuego que el corazón lanza al latir.

Y luego lo comparó con este cantar popular:

Una alcarraza en tu casa,
Chiquilla, quisiera ser,
Para besarte en los labios
Cuando fueras a beber.

Concluyendo que «infinitamente superior es el cantar, en gracia, espiritualidad y ternura». ¿Por qué? He aquí sus razones:

En forma de alcarraza —escribe Machado y Alvarez—, podrá el amante besar a su amada, sin mancillarla ni ofender su pudor; *delicadeza de primer orden,* que, aunque no pensada, no por

eso deja de estar contenida en la copla. Por otra parte, la *frescura* del agua, el *ansia* de la sed, lo *árabe* de la alcarraza y lo *sombrío* y *apartado* del lugar donde suelen éstas conservarse lo bien escogido del momento y la natural *sorpresa* de la doncella, si encontrara en vez del agua que mitigase su sed, los labios de su amante que la encendiesen, tienen un ligerísimo tinte de lascivia, mucho más encantador que la mórbida desnudez de aquella mujer tendida sobre un lecho, con la boca entreabierta, dejando escapar el fuego de su corazón, cuyo cuadro sólo puede inspirar atropelladores movimientos de lujuria, sea la que se quiera la galanura de la forma con que esté expresado el pensamiento. *(Machado y Alvarez, 1884 a, pp. 10-12).*

¿No hemos visto que el mismo procedimiento fue seguido por Machado el poeta? Recuérdese cuando él tomó un verso calderoniano y lo comparó con uno popular, de tema correspodiente. Machado hijo disminuía así a Calderón frente a la creación popular, al igual que Machado padre reduciendo los méritos de Espronceda, en idénticas circunstancias. ¿Quién no ve en la puesta en práctica de este método la influencia directa del primer Machado sobre el segundo?

Los ejemplos no son escasos. Cubren por lo menos catorce años de la obra de Machado y Alvarez, desde el referido artículo de 1869 hasta la *Poesía Popular,* de 1883. En «Modismos Populares», artículo de 1870, evaluó la siguiente copla:

Por donde quiera que voy
Parece que te voy viendo;
Son las sombras del querer
Que me vienen persiguiendo.

«Con justicia —dice el folklorista—, pudiéramos considerarla como uno de los mejores cantares andaluces», puesto que «en ella no hay palabra de más ni de menos; cada verbo, cada tiempo empleados contribuyen a realzar su mérito». Y agrega, absolutamente convencido: «Acaso no lograran aventajarla en propiedad, delicadeza y vigor nuestros poetas eruditos» *(Machado y Alvarez, 1884 a:29-30.* «Modismos populares», 1870). En 1883, en el referido *Poesía Popular* volvía al tema, discutiendo el siguiente cantar erudito de un tal señor Aguilera:

En tu escalera mañana
He de poner un letrero
Con seis palabras que digan
«Por aquí se sube al cielo».

Luego transcribe la versión popular de dicho cantar:

En la puerta de tu casa
He de poner un letrero
Con letras de oro que digan
«Por aquí se sube al cielo».

Objetivo: demostrar que hay más belleza en los versos «En la puerta de tu casa» y «Con letras de oro que digan», que «En tu escalera mañana» y «Con seis palabras que digan». En la opinión de Rodríguez Marín, el cantar en cuestión había ganado mucho al ser prohijado y enmendado por el pueblo». Machado y Alvarez lo endosó plenamente: «La nota de mi amigo constituye una verdadera lección sobre este difícil punto» *(Machado y Alvarez, 1883:67-69).* No satisfecho, da otro ejemplo, con otra copla del ya citado poeta Aguilera:

El día que tú naciste
Cayó un pedazo de cielo.
Cuando mueras y allá subas
Se tapará el agujero.

Difiere la versión popular correspondiente, para mejor:

El día que tú naciste
Cayó un pedazo de cielo;
Hasta que tú no te mueras
No se tapa el agujero.

«Cuando mueras y allá subas» —dice Machado—, es «un verso verdaderamente horripilante», mientras que «Hasta que tú no te mueras» es un verso «que contiene una delicadeza de primer orden». Concluye, insistente: «La lección que aquí da el pueblo al poeta erudito es, más que de metrificación, de verdadera estética» *(Machado y Alvarez, 1883:68-70).*

Hasta aquella afirmación equívoca del poeta —«mi folklore no ha traspuesto las fronteras de mi patria»—, huele a influencias del padre, aunque el viejo Machado y Alvarez jamás hubiera endosado una afirmación tan liviana. Se le nota, sin embargo, cierta tendencia en admitirla, al no haberse dedicado a estudios comparativos del folklore español con folklore de allende fronteras. Su *Poesía Popular (Post-Scriptum a la obra «Cantos Populares Españoles» de F. R. Marín)*, 1883, no trae una sola línea sobre el tema. En otro Post-Scriptum —escrito más tarde acerca del *Cancionero popular gallego*, de don José Pérez Ballesteros—, contempla únicamente «Analogías entre algunas cántigas gallegas y otras coplas andaluzas, castellanas y catalanas» *(Machado y Alvarez, 1885 a).* Por seguro que si hubiera Machado y Alvarez,

a la sazón, publicado un ensayo sobre la universalidad del folklore español, el poeta lo habría seguido. Desde nuestros días, una simple mirada sobre las mismas colecciones del viejo Machado y Alvarez es suficiente para encontrar, fácilmente, coplas recogidas en la España del siglo pasado y que aún hoy circulan por las Américas. He aquí una de ellas, con fecha de 1870:

En la puerta de un molino
Me puse a considerar
Las vueltas que ha dado el mundo
Y las que tiene que dar.

(Machado y Alvarez, 1884 a:58)

Noventa y dos años más tarde —en 1962—, la grababa yo en Licán, Ecuador, durante la fiesta popular del Domingo de Ramos. Su variación era mínima:

Cuando vi la rueda de un molino
me puse a considerar
las vueltas que viene dando
y las que tiene que dar.

(Carvalho-Neto, 1962: 51)

Huiría a nuestros propósitos traer a colación otros ejemplos del mismo género. Haríamos un libro con ellos.

La superposición padre versus hijo es tan notoria, en asuntos de Folklore, que hasta en sus errores ambos se parecen. Recuérdese el horror del poeta en incidir en «simulación de arcaísmo»; también a Machado y Alvarez se le había ocurrido el mismo sentimiento. Razón por la cual Machado y Alvarez se decidió por «vestir con forma literaria» a los cuentos de su colección. O sea, que en determinado momento de su vida el padre fue también literato. Pero luego reaccionó, influido por la teoría del Folklore, que le llegaba de Inglaterra y de Alemania; en consecuencia, abandonó sus incipientes tentativas de ficción, dedicándose más a la ciencia. Los demás cuentos recogidos ya no recibieron un tratamiento literario, pues la preocupación de Machado y Alvarez pasó a concentrarse sobre la recolección en sí misma, llevada a cabo con la fidelidad que los medios y la técnica de entonces pudieran proporcionar *(Machado y Alvarez, 1884 a:XIII-XIV).*

Para nosotros, el caso de los Machado, en el pasado, acarrea cierta semejanza con la situación de los Baroja, en el presente. Machado (hijo) habría soñado realizar una obra científica, siguiendo a su padre, pero hizo una obra literaria. Don Pío Baroja, a su vez, también

se dice que había aspirado a producir una obra científica, como la de su sobrino Julio Caro, y la hizo literaria. «Julio Caro Baroja —escribe Salvador Jiménez— me ha parecido un personaje vivo de don Pío, un barojiano a carta cabal, que ha logrado ser con su obra aquello que su tío hubiera querido ser y no fue nunca: un hombre de ciencia» *(Jiménez, 1966:75)*.

Hasta en sentimientos tan personales, como el que el poeta nutría por su tío Agustín Durán —«mi buen tío»— se nota la influencia del viejo Machado y Alvarez, quien, al referirse a Durán, también usaba expresiones similares, tales como «mi querido e inolvidable tío» *(Machado y Alvarez, 1883:17)*. Durán era tío de ambos, de Machado y Alvarez en primer grado; y tío-abuelo del poeta Antonio Machado. Pues, aunque siéndole tío-abuelo —¡parentesco tan lejano!— y no habiéndose conocido nunca, el sobrino poeta le decía «mi buen tío». ¿Por qué? Sólo hay una explicación posible: la costumbre en oír al padre referirse a ese «mi querido e inolvidable tío» (19).

3. *Presencia de Antonio Machado y Alvarez en Unamuno*

Antonio Machado y Alvarez debió de haber sido una personalidad tan avasalladora, que su presencia en otros no se hace visible únicamente en su hijo Antonio el poeta. Hasta en Unamuno (1864-1936) se observa un poco de Machado y Alvarez. ¡Qué decir de los que eran folkloristas y seguían a ojos ciegos las enseñanzas del Maestro! Basta un simple vistazo en la conferencia que «Sobre el cultivo de la Demótica» pronunció Unamuno, en 1896, para que pueda verse allí las huellas machadianas de que hablamos. En dicho ensayo, Unamuno obedece a las mismas perspectivas del inmortal sevillano, sin olvidarse de recordarle el nombre. Fuese más académico, y lo hubiera citado con precisión. Coinciden sin discrepancias, sobre los siguientes temas: Folklore e Historia, Pueblo versus Hombre o Individuo, Hecho folklórico versus hecho dinámico, y la valoración del pueblo.

Para Unamuno, «es la historia la memoria de los pueblos, y en ella, como en la de los individuos, yacen inmensidades en el fondo insondable del olvido, mas no allí muertas, sino vivas, obrando desde allí, y desde allí vivificando a los pueblos». ¿Cómo no encontrar simi-

---

(19) «Mi buen tío» era un tratamiento cariñoso desde el siglo XVII, o desde antes tal vez. Quevedo lo usa en el capítulo X de su famoso «El Buscón». «Veo a mi buen tío» —dice don Pablos, quien era «ejemplo de vagabundos y espejo de tacaños». Luego ese tío, «poniendo en mí los ojos, arremetió a abrazarme, llamándome sobrino» (p. 131). También en el capítulo XI. En el capítulo XII: «mi buen padre». («Quevedo, 1960»).

litud entre dicha frase «es la historia la memoria de los pueblos»— como aquella de Machado y Alvarez: «La Sociedad (folklórica) española considera los materiales que va a recoger como elementos indispensables para la reconstrucción científica de la historia patria» *(Machado y Alvarez, 1882 a:6-7)*. O dicho en otra forma, también ya citada: «¿Queréis conocer la historia de un pueblo? Ved sus romances. ¿Aspiráis a saber de lo que es capaz? Estudiad sus cantares» *(Machado y Alvarez, 1884 a:6)*. Se rebelaba Unamuno contra una historia basada únicamente «en los ruidosos sucesos que se archivan en todo género de cronicones» *(Unamuno, 1959: tomo VII, p. 480)*. Años antes, Machado y Alvarez había dicho lo mismo, de manera casi idéntica: «España nos era sólo conocida por las crónicas y cronicones de nuestros monjes» *(Machado y Alvarez, 1882 a:2)*.

Para Unamuno, la «poesía popular» no puede ser entendida como una poesía «realmente anónima e impersonal», o sea, hija «del pueblo todo», simplemente porque «no es posible que el pueblo todo dé forma a un solo pensamiento poético». Por detrás de dicho pensamiento está siempre el «órgano individual», el «poeta».

> «El pueblo da la materia, la forma la da un poeta. Lo que suele a veces ocurrir es que la modifica otro, y un tercero la retoca, y la remodifica un cuarto, y corre así de uno en otro, poniendo en ella algo todos. O ya surge de fusión de versiones diferentes, cual se ve en no pocos de nuestros romances». Y concluye don Miguel: «¿Qué es, después de todo, el genio poético en la más profunda y más genial de sus manifestaciones? Es el individuo más pueblo, el que mejor resume el espíritu de las muchedumbres, el que hace en sí pensamiento individual y concreto los vagos anhelos sociales, el que satisface a la materia poética popular, que, como toda materia, apetece forma. Es el hombre que por recoger en sí más del alma popular más personal aparece, es el pueblo hecho hombre para encarnar sus imaginaciones poéticas. Los grandes genios de la literatura han informado materia poética difusa en la tradición del pueblo». *(Unamuno, 1959: tomo VII, página 481)*.

¿Cómo no encontrar nueva similitud entre este concepto de pueblo-individuo o pueblo-hombre, formulado en 1896, con el que en 1883 y 1884 había expuesto Machado y Alvarez? Recordémoslo cuando dijo que «el pueblo es la nebulosa» de que se desprenden por diferencias inapreciables «esos astros que se llaman individuos» *(Machado y Alvarez, 1884 a: X-XI)*. Recordemos también al poeta Machado, cuando dijo que «existe un hombre del pueblo», un «hombre elemental y fundamental», que está cerca «del hombre universal y eterno», y que no se

confunde con las «masas humanas» *(Machado, 1940:871-872.* «El Poeta y el Pueblo», 1937).

Para Unamuno, como vimos, el hecho folklórico es dinámico por excelencia. En él «se condensa, en cierto modo, una eternidad de tiempo y una infinitud de espacio» *(Unamuno, 1959:VII, 483-484).* ¿Cómo no hallar otra similitud más entre esta perspectiva unamuniana y el propiamente designado «elemento dinámico» del Folklore, concebido por Machado y Alvarez en 1885 *(Machado y Alvarez, 1906:206)* (20) y repetido por Machado el poeta en 1936, con su noción de «cultura viva y creadora?» *(Machado, 1940:500-501.* «Juan de Mairena).

Para Unamuno, «a los sencillos y a los humildes, a los que no buscan segundas intenciones en las cosas, es a los que muchas veces mejor se revela la verdad, la primera intención de las cosas, con lenguaje que de puro sencillo no logramos entenderlo los demás». ¿Cómo no darse cuenta que en esta sentencia se encierra aquel criterio de valor atribuido al pueblo por Machado y Alvarez, al afirmarse que «las creaciones del pueblo» no son «en nada inferiores» a las del poeta erudito? *(Machado y Alvarez, 1884 a:7).* Criterio que el poeta Machado una y otra vez defendería con tanto denuedo, tal como lo hemos comprobado.

Admira a cualquiera tantas semejanzas. Y que no son las únicas. Desconfía de que una investigación a fondo arrojara tantos otros ejemplos que sí se podría escribir hasta un libro sobre la presencia del Folklore de Unamuno, libro en el cual habrían muchas páginas dedicadas al análisis de las huellas machadianas en don Miguel. Basta con hojear los *Recuerdos de niñez y mocedad* (1908), o simplemente aquel maravilloso *De mi país* (1903), para que se perciba a flor de página el hecho folklórico trashumante en el cerebro y corazón de Unamuno.

Huiríamos a nuestros propósitos hacerlo desde esta obra, dedicada únicamente a los Machado. Tampoco cuajaría en nuestros objetivos discutir aquí la validez de los mencionados conceptos relativos a Folklore e Historia, Pueblo y Hombre, dinámica del hecho folklórico, valoración del pueblo. Incluso dentro de la misma Ciencia del Folklore no se ignoran a autores que discutieron esos conceptos de modo opuesto al nuestro. Es decir, sin admitir que el Folklore sirva a la Historia, o que el creador del hecho folklórico sea necesariamente un individuo *x*. Mucha materia prima hay en estos temas para filosofar a la manera de Mairena. Al fin de cuentas, filosofar ayuda a nuestra Ciencia. «Continuo a tejer y destejer» —como lo dice Una-

---

(20) Véanse a propósito las consideraciones de A. Guichot y Sierra, 1922:184.

muno—. A través de «siglos enteros» en nuestras «repetidas intentonas» yace «lo más vigoroso del esfuerzo mental». En otros términos, lo más vigoroso del esfuerzo mental consiste «en plantear los problemas», incesantemente *(Unamuno, 1959: tomo VII, 485).*

Réstanos una interrogante. Hemos demostrado, a vuela pluma, cierta presencia de Antonio Machado y Alvarez en Unamuno. Aurora de Albornoz, a su vez, comprobó en 1968 «la presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado». La interrogante es ésta: Alguna influencia del padre sobre el hijo ¿no habrá sido procesada a través de Unamuno? Un Unamuno puente entre los Machado. Es posible.

VIII. OTRAS CAUSAS

Además de Antonio Machado y Alvarez, como dijimos, tres otros parientes también fueron los promotores de la influencia del Folklore en Antonio Machado: su tío-abuelo Agustín Durán y sus abuelos Antonio Machado y Núñez y Cipriana Alvarez Durán de Machado. ¿Y por qué razón? Simplemente por el hecho de que todos ellos cultivaron el Folklore como actividad cultural.

Desgraciadamente, aquí ya nos será más difícil señalar con datos concretos la existencia del eslabón espiritual entre ellos y el poeta Machado, condición *sine qua* para afirmar que ellos constituyeron «causas». Tendremos que satisfacernos con datos incompletos y un poco con suposiciones imaginarias, aunque no del todo despreciables. Por ejemplo, dice Miguel Pérez Ferrero que solía haber en el hogar de los Machado «veladas a la luz de petróleo del quinqué». En cuyas veladas, doña Cipriana Alvarez leía «en voz alta los romances recopilados por su pariente don Agustín Durán, y a los muchachos (Antonio y Manuel) les entusiasman tanto esas composiciones que, por el día, procuran hacerse con el libro para repasar las predilectas». «Otras veces —agrega Pérez Ferrero— es el padre quien toma a su cargo la lectura.» ¿No es este un valiosísimo testimonio para lo que nos proponemos demostrar? La participación activa de Machado —niño o adolescente— en dichas veladas hogareñas habrá tenido el alcance de verdadero aprendizaje. Tiempos más tarde, el podre permitiría el acceso de sus hijos a sus archivos y manuscritos *(Pérez Ferrero, 1947: 49-50).* Desgraciadamente, como vimos, dicho material vino a extraviarse con la muerte de Machado y Alvarez, pues los niños no estaban en capacidad de saber preservarlos *(Guichot y Sierra, 1922:239).*

Otro elocuente ejemplo del eslabón espiritual entre el poeta y su familia reside en los mismos recuerdos del poeta. Si no hubiera sen-

tido afecto por su tío Durán, no le hubiera dicho «mi buen tío» *(Machado, 1940*. Prólogo a *Campos de Castilla*, 1912). Y si no hubiera amado a su padre, no lo hubiera dibujado con tanto cariño en aquel poema ya referido:

> Mi padre, en su despacho. La alta frente, la breve mosca, y el bigote lacio. Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea sus libros y medita. Se levanta; va hacia la puerta del jardín. Pasea. A veces habla solo, a veces canta. Sus grandes ojos de mirar inquieto ahora vagar parecen, sin objeto donde puedan posar, en el vacío... *(Machado, 1940:349*. «Sonetos». *Nuevas canciones*, 1917-1930).

Desgraciadamente, su padre murió a los 47 años de edad, dejándolo con 18 años. Y su tío Durán había fallecido trece años antes de nacerle el sobrino. Por lo que no se puede hablar, en ambos casos, de *consolidación* de influencias. Si hubieran sido consolidadas, Antonio Machado se hubiera realizado como folklorista profesional. Deseos no le faltaron. Hasta se autotituló «folklorista». «Y no he pasado de folklorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular» *(Machado, 1940:731*. «Sigue hablando Mairena a sus discípulos») «Demófilo incorregible», enemigo «de todo señoritismo cultural» *(Machado, 1940:872:* «El Poeta y el Pueblo», 1937). Con llamarse «demófilo», una vez más imitaba a su padre, quien por muchos años firmó artículos con este pseudónimo (21), lo que, para nosotros, es aquí otro ejemplo de la correlación causa-efecto que nos hemos propuesto indicar.

Breves datos biobibliográficos sobre estos tres autores refuerzan nuestro modo de pensar.

1. *Agustín Durán*

Agustín Durán nació en Madrid en 1793 y falleció en 1862, a los sesenta y nueve años de edad. En una breve relación bibliográfica de sus obras folklóricas no podrían faltar los siguientes títulos, entre otros:

1821. *Colecciones de romances antiguos o Romanceros*. Valladolid, 1821 (22).

1828. *Romancero de romances moriscos*. (?).

---

(21) Véase, por ejemplo: DEMOFILO, «Colección de enigmas y adivinanzas», 1880; DEMOFILO, «Poesía popular», 1883.

(22) Según Guichot y Sierra, 1922:147.

1829. *Cancionero y romancero de coplas y canciones de arte menor, letras, letrillas, romances cortos y glosas anteriores al siglo XVIII, pertenecientes a los géneros doctrinal, amatorio, jocoso, satírico.* Madrid: Aguado, 1829, 272 pp.

1829. *Trovas en antiga parla castellana, con motivo de la successión qu'ofresce el Real Tálamo del Señor Rey D. Fernando VII y su augusta espossa Donna María Cristina.* Madrid: Aguado, 1830, 16 pp.

1830. *Romancero de romances doctrinales, amatorios, festivos, jocosos, satíricos y burlescos.* (?)

1832. *Romancero de romances caballerescos e históricos anteriores al siglo XVIII, que contiene los de amor, los de la Tabla Redonda, los de Carlo Magno y los Doce Pares, los de Bernardo del Carpio, del Cid Campeador, de los Infantes de Lara,* Madrid: Aguado, 1832, 247 páginas.

1932. *Trovas à la Reina Nuestra Señora por la salud recuperada de nuestro amado monarca su augusto esposo, el Señor D. Fernando VII y en celebridad de sus benéficos decretos.* Madrid: Impr. de D. E. Aguado, 1832, 20 pp.

1849-51. *Romancero general, o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por...* Tomo I, Madrid: M. Rivadeneyra, 1849, 600 pp.; tomo II, Madrid: M. Rivadeneyra, 1851, 756 pp.

(Es el *Romancero general* la obra folklórica cumbre de Durán. En él están reunidos —en dos apretados volúmenes de 1.356 páginas en total, a doble columna— los cinco Romanceros editados desde 1828 hasta 1832, entonces bajo la serie titulada «Romances castellanos anteriores al siglo XVIII». Igual plan pretendía poner en práctica Durán con referencia a sus Cancioneros, con miras a darnos también un «Cancionero general», lo que, desgraciadamente, no logró hacer. El gran mérito de este «Romancero general» no reside únicamente en la ingente labor de salvamento de tantos textos anteriores al siglo XVIII, como aun en los esfuerzos de clasificación desplegados sobre los mismos. Ya aquí Durán pudo ordenarlos, por lo menos, en los siguientes grupos: I. ROMANCES FABULOSOS O NOVELESCOS (1. Moriscos; 2. Caballerescos; 3. Vulgares). II. ROMANCES HISTORICOS (1. Romances de historia verdadera o tradicional). III. ROMANCES VARIOS (1. Doctrinales; 2. Amorosos; 3. Satíricos y burlescos; 4. Burlescos). «Estos archivos de nuestra literatura —escribe Nicómedes Pastor Díaz, su contemporáneo—, tan ricos de noticias como de preciosidades poéticas, quizá habrían venido a perderse sin el estudio y laboriosidad del señor Durán, sin su constancia, y sin el afán que ha empleado toda su vida en reunir los manuscritos más raros y las obras más estimables de nuestra literatura. El gran mérito de los romances

que ha publicado este humanista consiste en la rareza y buen escogimiento de ellos, y en la importancia ya literaria, ya histórica de los que ha publicado: si hay entre ellos algunos medianos, o si se quiere, débiles e incorrectos, no por eso dejan de ser monumentos de nuestra ilustración, ni útiles todos, pues muestran los adelantos sucesivos de la poesía, los progresos de la versificación y lenguales, las frases propias y nativas del habla española, las libertades que se tomaban aquellos poetas, en la formación y figura de las palabras, en la sintaxis y hasta en la colocación del acento, la tradición, las costumbres, las aficiones y el gusto popular. Esta colección, además de agradar a los meros aficionados, fue sobremanera estimada de los humanistas, de los filósofos y de los eruditos que aspiran a conocer la historia de las artes y a estudiarlas fundamentalmente para su instrucción. De esta empresa nadie era capaz sino el señor Durán, no sólo por su inteligencia y afición a nuestra antigua literatura sino por las preciosas colecciones que posee». —*Pastor Díaz, 1845:254*—.)

1856. *La leyenda de las tres toronjas del vergel de amor.* (Según *Guichot y Sierra, 1922:147*).

Conviene tener presente, sin embargo, que la obra total de Agustín Durán abarcó aún otros géneros, de lo que son buenas muestras las siguientes fuentes:

1828. *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del teatro español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar.* Madrid: Imprenta de Ortega y Compañía, 1828, 124 pp. Reimpreso en las Memorias de la *Real Academia Española,* tomo I.

1839. «Poesía popular. Drama novelesco. Lope de Vega». Madrid: *Revista de Madrid, 1839:62.*

1843. «Prólogo». En Ramón Francisco de la CRUZ CANO Y OLMEDILLA (1731-1794). *Colección de sainetes,* tanto impresos como inéditos de don Ramón de la Cruz. Madrid: 1843, 2 vs., primer volumen, 520 pp., segundo volumen, 692 pp.

1843. *Talía española. (Según Cejador y Frauca, 1917: tomo VI, 388).*

(?) «Discurso Preliminar». En *El condenado por deconfiado.* (Según *Cejador y Frauca, 1917: tomo VI, 388*).

Más no hace falta decir para alcanzar los objetivos que nos hemos propuesto; tan sólo que la influencia de Agustín Durán, en el mundo hispánico, no ha sido aún valorada en su justa medida. Romanceros por docenas han surgido posteriormente, sin que su nombre haya

sido mencionado con la importancia que se merece. Muchos de esos autores de romanceros afirmaron sus nombres gracias a la labor pionera de Durán, algunos hasta copiándolo sin remilgos. Conviene saberlo, en honor a la verdad, al mérito ajeno y a la Historia.

> Durán —dice Cejador y Frauca—, vio, como nadie, que el teatro español era manifestación del pueblo español, continuador de la épica del romancero y puso como fundamento de la verdadera literatura el arte popular, nacido de las circunstancias etnográficas, de las creencias religiosas, de la historia de la raza, y así rechazó el clasicismo como cosa extraña que se había querido acomodar a un pueblo educado en el cristianismo. Esta honda visión del arte, visión folklorística, nacional, popular, fue el primero en tenerla en España y por ella está muy por encima del mismo Menéndez y Pelayo, que tuvo por principal criterio estético la belleza de la forma externa del clasicismo. Por lo mismo la obra principal de Durán fue el estudio, compilación y publicación de la épica y de la lírica popular (...). Mientras los demás literatos admiraban lo extraño, y, sobre todo, lo francés, Durán defendió la literatura española, en la epopeya, el teatro y la lírica; asentó la crítica literaria sobre los firmes fundamentos del elemento popular y de la distinción entre lo clásico pagano y lo romántico cristiano, y así puede llamarse fundador de la crítica histórica de nuestra literatura. En ideas literarias, comprensivas y hondas, no sé que le haya sobrepujado todavía nadie en España. *(Cejador y Frauca, 1917: tomo VI, 387-388.* También en *Guichot y Sierra, 1922: 146-147).*

2. *Antonio Machado y Núñez*

Don Antonio Machado y Núñez falleció en 1895, dos años después de la muerte del hijo Antonio Machado y Alvarez. Político y Profesor de Física en la Universidad de Santiago, Coruña; Gobernador en Sevilla en el Gobierno provisional de Prim; Catedrático de Historia Natural de la Universidad de Sevilla; Rector de la Universidad hispalense *(Manrique de Lara, 1968:25).* En la bibliografía sobre el poeta Machado hay frecuentes referencias a Machado y Núñez, pero ninguna nos revela el hecho —fundamental— de que a él también le gustaba el folklore.

En efecto, Machado y Núñez firmó el «Acta de Constitución de la Sociedad Folk-Lore Andaluz», el día 28 de noviembre de 1881, conjuntamente con su hijo Machado y Alvarez, quien fue electo Secretario de la novel institución, y Francisco Rodríguez Marín, entre otros. Y ya en los primeros números de la revista *El Folk-Lore Andaluz,* sin duda por instancias del hijo, colaboró con un estudio inconcluso sobre «El folklore del perro» *(Machado y Núñez, 1882-1883).*

3. *Cipriana Alvarez de Machado*

Más objetiva que el marido, en estudios folklóricos, doña Cipriana alcanzó a publicar cinco cuentos en *El Folk-Lore Andaluz:* «La mano negra», «Una rueda de conejos», «La serpiente de las siete cabezas», «Las velas» y «Las tres Marías». Al año siguiente —1884—, colaboró en la colección de su hijo Machado y Alvarez, titulada «Cuentos populares españoles», aportándole los cuentos «El barquito de oro, de plata y de seda» y «La sirena» *(Machado y Alvarez, 1884:178, 183).* En 1885 publicó sus «Cuentos extremeños» y un estudio acerca de la «Culinaria popular extremeña» (según *Guichot y Serra, 1922:190).* Aún en 1885, en colaboración con don Felipe Muriel y Gallardo, doña Cipriana fundaba en la provincia de Badajoz la sociedad *Folklore local* de Llerena (también según *Guichot y Sierra: 1922:190).*

¿No es admirable verla en plena actividad de folklorista, en 1885, acompañada por su marido folklorista y un hijo también folklorista —éste en sus 39 años de edad— ante los ojos y oídos de un nieto poeta? ¿Qué profundas influencias folklóricas no habrían de germinar, por esa época, en el espíritu de ese niño de diez años de edad, testigo de una familia que amaba al pueblo? Se puede imaginar el cuadro, sabiéndose, como se sabe, cuán contagioso es el entusiasmo natural de cuantos se dedican a investigaciones del campo. Muy significativa es la revelación de Sendras y Burín, al informarnos que Machado y Alvarez consumió dinero y salud en su obra folklórica *(Sendras y Burín, 1892.* También en *Guichot y Sierra, 1922:186).* También valioso es el dato de Pérez Ferrero, al afirmar que doña Cipriana leía en alta voz para sus nietos los romances recopilados por Durán *(Pérez Ferrero, 947:49-50).* Del mismo modo —es de suponerse— les leería los cuentos populares, recogidos por ella misma.

PAULO DE CARVALHO-NETO

Univ. of The Pacific
Elbert Covell College
STOCKTON, California 95204
(USA)

BIBLIOGRAFIA CITADA

«Actas de la Sociedad Folk-Lore Andaluz». Sevilla: *El Folk-Lore Andaluz,* 1922-1923:9-10.

ARANZADI, T. y L. de HOYOS SAINZ. 1917. *Etnografía. Sus bases, sus métodos y aplicaciones a España.* Madrid: Biblioteca Corona, 239 pp.

CARNEIRO, Édison. 1950. *Dinâmica do Folclore.* Río de Janeiro, 80 pp.
CARRASQUER, Francisco. *«Imán» y la novela histórica de Ramón J. Sender.* 1968. Uitgeverij: Firma J. Heijnis Tsz, Zaandijk, 295 pp.
CARVALHO-NETO, Paulo de. 1961. *Folklore y Educación.* Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 315 pp.
CARVALHO-NETO, Paulo de. 1962. *Folklore de Licán y Sicalpa* (en colab.) Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 67 pp.
CARVALHO-NETO, Paulo de. 1964. *Diccionario del Folklore Ecuatoriano.* Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 493 pp.
CARVALHO-NETO, Paulo de. 1969. *Historia del Folklore Iberoamericano.* Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 212 pp.
CARVALHO-NETO, Paulo de. 1971. *The Concept of Folklor* . Miami: Miami University Press, 152 pp.
CEJADOR Y FRAUCA, Julio. 1917. *Historia de la Lengua y Literatura Castellana.* Tomo VI. Madrid: Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 467 pp.
CEJADOR Y FRAUCA, Julio. 1918. *Historia de la Lengua y Literatura Castellana.* Tomo IX. Madrid: Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 528 pp.
CORTAZAR, Augusto Raúl. 1956. *Indios y gauchos en la literatura argentina.* Buenos Aires: Instituto Amigos del Libro Argentino, 239 pp.
CORTAZAR, Augusto Raúl. 1959. «Folklore literario y literatura folklórica». In *Historia de la literatura argentina,* t. V. Buenos Aires: Peuser.
CORTAZAR, Augusto Raúl. 1967. *Folklore y Literatura.* Buenos Aires: Eudeba, 125 pp.
CORTAZAR, Augusto Raúl. 1968. *El folklore en la literatura.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 103 pp.
DAMASO ALONSO. 1953. «Poesías olvidadas de Antonio Machado». In *Poetas españoles contemporáneos,* 447 pp. (Véase pp. 107-117).
DARMANGEAT, Pierre. 1969. *Antonio Machado, Pedro Salinas, Jorge Guillén.* Madrid: Insula, 392 pp.
DEMOFILO — (Véase Antonio MACHADO Y ALVAREZ).
DOERIC, Juan Antonio. 1934. *Contribución al estudio del folklorismo en Fernán Caballero.* Madrid: S. Aguirre, Impresor, 110 pp.
DURAN, Agustín. 1849-1851. *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII,* recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustín Durán. Madrid: Imprenta de la Publicidad, a cargo de D. M. Rivadeneyra. Tomo I: 600 pp.
FERNANDES, Florestán. 1946. Mário de Andrade e o Folclore brasileiro». *S. Paulo Revista do Arquivo Municipal,* año XII, vol. CVI, pp. 135-158.
GUICHOT Y SIERRA, Alejandro. 1884. «El mito del Basilisco». In *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas,* tomo III. Madrid: Librería de Fernando Fe, pp. 1-83.
GUICHOT Y SIERRA, Alejandro. 1922. *Noticia histórica del Folk-Lore* (orígenes en todos los países hasta 1890: desarrollo en España hasta 1921). Sevilla: Hijos de Guillermo Alvarez, Impresores, 256 pp.
GOMEZ-TABANERA, José Manuel (Editor). 1968. *El folklore español.* Madrid: Instituto Español de Antropología Aplicada, 455 pp.
HOYOS SAINZ, Luis de y Nieves de Hoyos Sancho. 1947. *Manual de Folklore.* Madrid: Manuales de la Revista de Occidente, 602 pp.

JIMENEZ, Juan Ramón. 1942. «Estética y ética estética». Coral Gables: *University of Miami American Studies,* núm. 3: 1-7.

JIMENEZ, Salvador. 1966. *Españoles de hoy.* Madrid: Editora Nacional, 466 páginas.

LAVAL, Ramón A. 1910. *Del latín en el fol-lore chileno.* Santiago de Chile: Separata de la Revista de la Sociedad de Folklore Chileno, tomo I, entrega 1.ª, 25 pp.

LENZ, Rodolfo. 1912. «Un grupo de consejas chilenas». 1912. Santiago de Chile: *Revista de Folklore Chileno,* tomo III, entregas 1.ª y 3.ª, 163 pp.

MACHADO, Antonio. 1940. *Obras completas.* México: Editorial Séneca, 929 páginas.

MACHADO, Manuel: «Acotación Preliminar». In. A. MACHADO Y ALVAREZ. 1947. *Cantes flamencos.* Buenos Aires: Espasa-Calpe, S. A., 163 pp.

MACHADO Y ALVAREZ, Antonio. 1880. (Demófilo) *Colección de enigmas y adivinanzas en forma de diccionario.* Sevilla: Imp. de R. Baldaraque; etcétera, 496 pp.

MACHADO Y ALVAREZ, Antonio. 1882. «Miscelánea IV». In *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase páginas 481-499.

MACHADO YALVAREZ, Antonio. 1882 a. «Introducción». *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 1882-1883, 523 pp. Véase páginas 1-8.

MACHADO Y ALVAREZ, Antonio. 1883. (Demófilo) *Poesía popular. Post-Scriptum a la obra Cantos populares españoles de F. R. Marín.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, 125 pp.

MACHADO Y ALVAREZ, Antonio. 1884. «Cuentos populares españoles». In *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas,* tomo I. Madrid: Librería de Fernando Fe, 303 pp. Véase pp. 101-195.

MACHADO Y ALVAREZ, Antonio. 1884 a. *Estudios sobre literatura popular.* 1.ª parte. Madrid: Librería de Fernando Fe, 318 pp. («Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas», tomo V).

MACHADO Y ALVAREZ, Antonio. 1885. «Breves indicaciones acerca del significado y alcance del término Folk-Lore». Madrid: *Revista de España,* tomo CII, núm. 406, pp. 195-207.

MACHADO Y ALVAREZ, Antonio. 1885 a. «Analogía entre algunas cántigas gallegas y otras coplas andaluzas, castellanas y catalanas». In José PEREZ BALLESTEROS, *Cancionero popular gallego.* Madrid: Librería de Fernando Fe, 236 pp. («Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas», tomo VII).

MACHADO Y NUÑEZ, Antonio. 1882-1883. «El folk-lore del perro». In *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía. Editores, pp. 24-29 y 68-75.

MANRIQUE DE LARA, J. G. 1968. *Antonio Machado. Madrid:* Unión Editorial, 199 p.

MARTIN SALAZAR, M. 1884. «El concepto dinámico de la Antropogía». Madrid: *Revista de España,* tomo XCVIII, núm. 390, pp. 368-273.

MOYA, Ismael. 1941. *Romancero.* Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina. Tomo I: 673 pp. Tomo II: 439 pp.

MULLAHY, Patrick. 1953. *Edipo, mito y complejo.* Prólogo de Gastón Bachellard. Buenos Aires: Editorial «El Ateneo», 532 pp.
NAVASCUES, Joaquín María de. 1931. *El folklore español. Boceto histórico.* Barcelona, 164 pp. Sobretiro de *Folklore y costumbres de España,* volumen I, Barcelona: Ed. Alberto Martín, pp. 122-130.
PASTOR DIAZ, Nicomedes. 1845. *Galería de españoles célebres contemporáneos* o biografías y retratos de todos los personajes distinguidos de nuestros días en las ciencias, en la política, en las armas, en las letras y en las artes. Tomo VI. Madrid: Imprenta y Librerías de don Ignacio Boix, Editor, 339 pp.
PEREZ FERRERO, Miguel. 1947. *Vida de Antonio Machado y Manuel.* Madrid: Ediciones RIALP, 330 pp.
PUYMAIGRE, Le Comte de. 1885. *Folklore.* París: Librairie Académique Didier Emile Perrin, Libraire Editeur, 366 pp.
QUEVEDO. 1960. *El Buscón.* Advertencias y notas de Américo Castro. Madrid: Espasa-Calpe, S. A., 272 pp.
RAMOS, A. 1937. *Loucura e Crime.* (Questões de Psiquiatria, Medicina Forense e Psicologia Social). Porto Alegre: Globo, 206 pp.
SAMA, Joaquín. 1893. «D. Antonio Machado y Alvarez». Madrid: *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* núm. 389, 30 de abril de 1893, páginas 125-128.
SAMAYOA CHINCHILLA, Carlos. 1950. *Madre Milpa. Cuentos y leyendas de Guatemala.* Guatemala: Tipografía Nacional, 362 pp.
SANJURJO E IZQUIERDO, Rodrigo. 1882-1883. «Los Cantos Flamencos por H. Schuchardt». In *El Folk-Lore Andaluz.* Sevilla: Francisco Alvarez y Cía., Editores, pp. 35-40.
SENDRAS Y BURIN. 1892. «Antonio Machado y Alvarez. Estudio biográfico». Madrid: *Revista de España,* 15 de agosto, pp. 279-291.
SERRANO PLAJA, Arturo. 1944. *Antonio Machado.* Buenos Aires: Editorial Schapire, 114 pp.
UNAMUNO, Miguel de. 1959. *Obras completas.* Tomo VII: Prólogos, Conferencias, Discursos. Madrid: Afrodisio Aguado, S. A. 1.115 pp.
VICUÑA CIFUENTES, Julio. 1912. *Romances populares y vulgares.* Santiago de Chile: Imprenta Barcelona, 581 pp.